EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 4. Tomo I.—SABADO 16 DE DICIEMBRE 1843.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerias del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía del teniente general D. Francisco Serrano, por D. Agustin Esteban Collantes.—**Historia de los Amantes de Teruel**, por D. J. E. Hartzenbusch.—**Cain y Abel [novela] continuacion**, por D. Isidoro Gil.—**Sobre los libros de Caballería, principalmente españoles, artículo primero**, por D. Antonio Gil y Zárate.—**Viaje marítimo desde Cádiz á la Habana**, por D. Antonio Ferrer del Rio.—**Una semana en Madrid: jueves**, por D. Antonio Flores.—**La glorieta de Palacio**, por D. Juan Antonio de Rascon.—**La Señora Guy-Stephan.—Revista de la Quincena**, por D. Enrique Gil.

BIOGRAFIA

DEL TENIENTE GENERAL

DON FRANCISCO SERRANO Y DOMINGUEZ.

Vamos á acometer una árdua empresa. No porque sea dificil hacer el retrato de un personage que ha nacido en nuestra misma época, que ha crecido con nosotros, y cuyas hazañas y proezas hemos presenciado, y de cuya historia estamos siendo testigos; sino porque cuando los hombres han llegado á la altura de nuestro protagonista, cuando á poco mas de los treinta años se hallan investidos con las primeras dignidades del Estado, y su pecho se encuentra condecorado con las insignias mas ilustres que se conocen en la milicia, cuando se encuentra un jóven con el grado de teniente general del ejército español, condecorado con grandes y pequeñas cruces por acciones de guerra, y por servicios hechos á su patria; y cuando se realiza una revolucion para sostener al jóven en su eminente posicion, destruyendo á un gobierno constituido, y batallando y luchando hasta afianzar el poder, todo el poder de una nacion en sus manos; cuando todos estos hechos y estos sucesos pasan en un pueblo, y todos se reasumen en una persona, es preciso dilatarse en explicar menudamente como han podido ocurrir tan asombrosas mudanzas, y como se han realizado acontecimientos tan portentosos.

Ya está explicada la dificultad que nos aqueja. Tenemos que ser breves narradores y concisos cronistas de grandes sucesos contemporáneos, y no podemos mas que referir á grandes rasgos y en globo la historia de una persona que nació ya entrado este siglo, y que en pocos años ha pasado por todos los grados de la milicia, y que ha conseguido triunfos y ciñe laureles que deben envanecerle, habiendo llegado á una posicion en la cual no será poca fortuna que se sostenga algun tiempo, pero sin esperanza ya de mejorar, sin esperanza de ascender; por haber conseguido cuanto puede apetecer un hombre leal en un pais donde hay un trono hereditario, y donde está declarado el rey mayor de edad.

Nació don Francisco Serrano y Dominguez en la Isla de Leon, provincia de Cádiz, en el dia 17 de octubre del año de 1810. Hijo de militar, desde luego pensaron sus padres que siguiese la carrera de las armas. Don Francisco Serrano y Cuenca, su padre, hizo su carrera, y mandó varios cuerpos en la guerra

de la Independencia, habiendo llegado á obtener el grado de mariscal de campo, y cabiéndole la gloria de enseñar á su hijo en los últimos combates contra las huestes del Pretendiente, y de conducirle por la senda del honor. La señora doña Isabel Dominguez de Guevara Vasconcelo, su madre, aun vive para su dicha, que debe ser gran consuelo para el hijo, y mucha felicidad para la madre haber visto terminar sin contratiempo una guerra y una revolucion.

La historia de los primeros años de don Francisco Serrano y Dominguez no ofrece nada de notable. En 17 de setiembre de 1822 vistió por primera vez el honroso uniforme militar, y estrenó los cordones de cadete. El grado de alferez le obtuvo en 8 de diciembre de 1825 y permaneció indefinido hasta el año de 1828, y despues ilimitado hasta el dia 31 de octubre de 1830, en que fué nombrado por real despacho subteniente del cuerpo de carabineros de costas y fronteras, habiendo contraido grandes méritos en la persecucion del contrabando, y habiendo hecho presas de consideracion en el desempeño de su cargo. En 1832 obtuvo licencia para venir á la corte; y en 9 de marzo de 1833 pasó al regimiento de Coraceros de la Guardia Real de porta-estandarte. Entonces fué de servicio escoltando al infante don Cárlos que marchaba á Portugal, y que no habia de volver á España sino para atizar una guerra sangrienta, en la cual el porta-estandarte de aquella época habia de ascender á teniente general.

Antes de pasar mas adelante, y antes de entrar á diseñar rápidamente la conducta militar y política de don Francisco Serrano, conviene que llamemos la atencion sobre la circunstancia de haber estado indefinido é ilimitado en sus tiernos años, lo que prueba ya su adhesion desde entonces á la causa constitucional; y hacemos esta llamada para cuando mas adelante tengamos que hablar de un suceso deplorable, y que no podemos recordar sin estremecimiento.

Ya ardia la guerra en nuestras provincias del Norte por el año 1834, cuando el jóven alferez marchó á empeñarse en la lucha en favor de la reina doña Isabel II, obteniendo en esta época el cargo de ayudante de campo del general en jefe del ejército. La guerra se extendia con rapidez, los enemigos se aumentaban, y los batallones carlistas pasaban de unas á otras provincias. Bien pronto fué menester acudir con nuestras tropas á Aragon, y el jóven Serrano fué destinado al ejército que habia de operar en esta parte de nuestro territorio contra las huestes carlistas. En 1835 asistió á la accion que se dió sobre la Maseta de Larramean, por cuyo singular comportamiento fué propuesto para el grado de capitan. Tambien asistió á la brillante jornada de Molina de Aragon, mandada ejecutar bajo las órdenes del bizarro

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

y entendido general Palarea. En el mes de setiembre ademas del grado de capitan que se le concedió en julio, obtuvo el empleo de teniente de Coraceros de la Guardia.

En mayo de 1836 pasó al ejército de Cataluña de ayudante de campo del general en jefe, y se halló en seis acciones de guerra, siendo el principal hecho de armas el que tuvo lugar el 10 de diciembre en Caserras, donde cargó al frente de la escolta del general que consistia en 40 caballos á 600 infantes y 300 caballos facciosos, consiguiendo desordenar á los enemigos, causándoles 30 muertos y varios heridos, y habiéndose batido cuerpo á cuerpo con el cabecilla Capdevila de Figols, á quien dió muerte en singular combate. Por este brillante hecho de armas le ascendió el gobierno al grado de comandante de escuadron.

En 1837 obtuvo el empleo de capitan, y fué destinado al regimiento de caballeria 2.° de línea. Se distinguió muy particularmente en la accion de Calaf ocurrida en 8 de marzo, en la cual mandó la carga de caballería, y con 70 caballos causó gran destrozo en las huestes enemigas, que sufrieron la pérdida de 200 muertos, y gran rebaja en armas y otros efectos. Por esta accion fué muy recomendado á S. M. que le remuneró este servicio con la efectividad de comandante de escuadron. Entonces pasó al ejército del centro, y asistió en este año á nueve acciones consecutivas, contando entre ellas la de Castellserás, en la cual al frente de su escuadron cargó á la faccion que tenia triplicadas fuerzas logrando hacer 140 prisioneros á los rebeldes. Por este hecho de armas fué propuesto y obtuvo de S. M. el empleo de teniente coronel, que le fué confirmado sobre el campo de batalla de Arcos de la Cantera.

Por despacho de 10 de marzo de 38 se le confirió el empleo de teniente coronel mayor. En el discurso de este año asistió como jefe de caballería á once acciones de guerra, conduciéndose en todas con denuedo. Por esta época ocurrió el primer sitio de Morella, en cuyos dias se repitieron sangrientos choques entre nuestros soldados y los facciosos de Cabrera; y aunque la suerte nos fué adversa por no haber podido penetrar el ejército de la Reina en la plaza sitiada, no por esto se demostró menos valor que en otras jornadas por las tropas leales; y en todos los encuentros de aquellos aciagos tiempos, don Francisco Serrano se condujo admirablemente. En una de estas refriegas fué herido en el brazo derecho, y no quiso retirarse, permaneciendo al frente de su regimiento. A últimos de noviembre le confirió el gobierno de S. M. el mando del regimiento 6.° de Ligeros, y el empleo de coronel, remunerando de este modo los méritos que habia contraido y los servicios que habia prestado.

En 1839 se encontró en siete acciones de guerra al frente de su regimiento, habiendo sido propuesto tres veces para el empleo de brigadier de caballería, que obtuvo por despacho de 4 de julio, cuando el gobierno tuvo noticia del señalado mérito que habia contraido en los campos de Segura, y posteriormente en la jornada de la Hoz de la Vieja. En el mes de setiembre quedó de supernumerario en el mismo cuerpo que habia mandado.

En 1840 fué destinado al ejército de Cataluña, único punto donde á la sazon existian facciosos, pues habia terminado la guerra en las provincias Vascongadas con el para siempre memorable convenio de Vergara. En esta época fué nombrado comandante general de la segunda brigada de la division expedicionaria del Norte, con la cual concurrió á la mayor parte de las jornadas que tuvieron lugar en aquellos campos hasta exterminar de todo punto la guerra civil que por siete años habia atormentado á los pueblos de la Monarquía. Son memorables por estos tiempos las acciones del 24 y 28 de abril sobre las alturas de Peracamps y Casaserra. Cuando los facciosos penetraron por el Valle de Andorra para refugiarse en Francia, mandaba don Francisco Serrano el regimiento de Navarra 7.° de Ligeros. Terminada la guerra pasó con su regimiento á Gerona, y el 7 de octubre entró en Barcelona con dos escuadrones, habiendo sido nombrado jefe de la fuerza existente á las inmediaciones del cuartel general y encargado de su instruccion.

En estos dias se habia verificado en España una revolucion que concluyó con la regencia de una reina bondadosa. La guerra habia concluido, es verdad; pero habia tomado mayor incremento la revolucion, que durante los combates mas de una vez asomó la cabeza, y que tambien habia hecho derramar sangre siempre inocente.

Como consecuencia de este funesto acontecimiento que tantos desastres ha traido en su seguimiento, se creó un gobierno provisional, que se dió á sí propio el título de regencia. Por decreto de 9 de diciembre esta regencia provisional nombró á don Francisco Serrano mariscal de campo, en atencion á los servicios que habia prestado durante la guerra en los ejércitos del centro y Cataluña. El niño mimado por la fortuna durante la guerra, el que en siete años habia obtenido tan elevada posicion, el que en medio de tan sangrientos combates ni habia sido hecho prisionero, ni habia recibido mas que una herida leve en un brazo, empezaba á ser mimado tambien por la revolucion.

Entró el año de 41 y el nuevo mariscal de campo fue nombrado para desempeñar el destino de segundo cabo en la capitanía general de Valencia. Poco tiempo permaneció en este empleo, porque debiendo reunirse las Cortes en marzo para resolver la cuestion de regencia y para ventilar los demas asuntos que ocurriesen, D. Francisco Serrano recibió una órden autorizándole para que se presentase en Madrid á ejercer el cargo de diputado, para el cual habia sido elegido por la provincia de Málaga.

Sabido es, que el parlamento que se reunió en seguida de la revolucion se componia de personas que habian luchado juntas, y que se hallaban unidas con los vínculos de unas mismas opiniones políticas. Bien pronto una cuestion de poder las dividió profundamente, en términos que hasta el presente no han logrado entenderse en ninguna cuestion de gobierno, en ninguna cuestion grave de legislacion. Fué la cuestion de poder el nombramiento de regencia, en la cual los partidarios de la única y de la trina se batieron desesperadamente. Triunfó por fin don Baldomero Espartero, don Francisco Serrano le dió su voto.

Por el mes de octubre de este año estalló una insurreccion para derribar un poder y una regencia que no por todos estaba reconocida, y á la cual se combatia incesantemente por una parte de la prensa, ya que la tribuna estaba ocupada por los revolucionarios. No hablaremos ni de la insurreccion, ni de sus resultados, porque estamos haciendo un cuadro bien diverso; pero como don Francisco Serrano representó su papel en esta jornada, y como nosotros queremos abstenernos de tocar esta llaga que todavia brota sangre, trasladaremos aquí fielmente las palabras con que esta redactada en esta parte la hoja de servicios del general Serrano. «En 10 de octubre, dice, hallándose con Real licencia para restablecer su salud en la ciudad de Málaga, supo por el manifiesto de S. A. el Regente del Reino, los movimientos sediciosos de Pamplona, Bilbao y Vitoria, y á la media hora tomó la posta á la ligera presentandose en la Córte á las 53 horas, y saliendo á las 30 de su llegada mandando la primera division del ejército del Norte, llegó á Vitoria á marchas forzadas: desde dicho punto salió tambien en posta ligera por disposicion de S. A. el Regente del Reino á recibir sus órdenes en Tudela de Navarra, y fueron estas marchas con la division de Vanguardia del citado ejército á la plaza de Barcelona, lo que verificó á marchas dobles, habiendo permanecido en aquel ejército hasta fin de año.»

Por Real órden de 9 de noviembre se le concedió la gran cruz de Isabel la Católica por los servicios que prestó en los acontecimientos de octubre.

El gobierno de Espartero salió victorioso en aquella ocasion; y lejos de robustecerse con el triunfo, lejos de ganar prosélitos en el país y en el parlamento, donde ya habia sufrido vivísima oposicion, llegó de su correría mas desautorizado y débil; sin duda la sangre que habia derramado le habia secado para siempre su prestigio y sus laureles. Ello es, que se abrieron nuevamente las cámaras; y el gabinete que aconsejaba á don Baldomero Espartero, presentándose vencedor, fué escarnecido por el parlamento, y estuvo sufriendo una horrible agonía, hasta que el 28 de mayo despues de una sesion borrascosa que duró hasta muy entrada la noche, recibió un esplícito *voto de censura* que acabó con su poder; haciendo bajar de las sillas ministeriales á don Antonio Gonzalez y sus colegas.

Aqui debemos hacer una advertencia. El partido que triunfó en setiembre, y que se dividió al resolver la cuestion de regencia, no continuó organizado despues de este acontecimiento. Algunos de los que votaron en favor de la regencia única hicieron despues oposicion al gabinete que emanó de este poder, y no ha faltado quien habiendo votado por la trina ha sido en seguida ardiente defensor de Espartero, y de sus ministros. No es esta ocasion para esplicar este acontecimiento, basta indicar á nuestro propósito que el general Serrano se mostró hostil al gabinete Gonzalez en la segunda legislatura, despues de terminada completamente la insurreccion de octubre.

Con motivo del *voto de censura* sufrió el estado una prolongada crísis ministerial. Ya en estos dias andaba en lenguas el nombre del general Serrano para ministro de la guerra, por los que creian que la crísis terminaria con arreglo á las prácticas parlamentarias, nombrando los ministros de la mayoria de la cámara electiva. Pero no fué asi; y despues de un trabajoso parto salió á luz el ministerio Rodil. Bien pronto se conoció el desacuerdo que mediaba entre las Córtes y el nuevo gabinete, aunque pudo conllevar por algun tiempo su trabajosa existencia; las Córtes se prorogaron en noviembre, y fueron disueltas el 3 de enero del presente año.

Habia ocurrido tambien por el mes de noviembre otra revolucion en diverso sentido que la de octubre del año anterior, pero con el mismo objeto, en cuanto tendia á derrocar á Espartero. En esta ocasion fueron los progresistas quienes se levantaron contra el poder que ellos mismos habian ensalzado. Esta es la prueba mas conducente de los desastres que habia sufrido el país durante aquella dominacion. El general Espartero se presentó ante los muros de Barcelona, y en esta ocasion fué nombrado don Francisco Serrano jefe del estado mayor del ejército que habia de operar en Cataluña. Terminada aquella jornada, regresó el general Serrano á Madrid, para volverse á sentar en el seno de la representacion nacional, por haber sido tambien nombrado diputado para las Córtes que se abrieron el dia 3 de abril, por la misma provincia de Málaga.

Dudábase en los primeros dias de la legislatura si el gobierno tenia ó no mayoria en las cámaras. Todos los partidos se las prometian felices; pero no duró mucho la ansiedad pública. Las actas de Badajoz ofrecieron una cuestion de vida ó muerte; de su solucion pendia tambien una crísis ministerial. La que hasta entonces habia sido oposicion salió triunfante. A los pocos dias se retiró el gabinete Rodil; y despues de mil dificultades y de multitud de esfuerzos, que no es del caso referir en este momento, se constituyó el ministerio de Lopez, habiendo sido nombrado ministro de la guerra el general Serrano. Diez dias duró este nuevo poder. Diez dias luchando constantemente en batalla contínua con el jefe irresponsable del estado. El país habia denunciado la existencia de una camarilla, y el gobierno que representaba al país queria derrocar la influencia ilícita y perjudicial de los que la formaban; pero Espartero se resistia tenazmente; y cuando el ministro de la guerra presentó á la firma los decretos para separar á dos jefes que no le inspiraban confianza, se obstinó en su negativa el general Espartero, y de la noche á la mañana cambiaron completamente de aspecto los negocios públicos, habiendo caido el ministerio que era apoyado por las cámaras, y por el país, y habiéndole sucedido otro que fué recibido á silbidos y pedradas. En los pocos dias que permaneció el general Serrano al frente del departamento de la guerra dió pruebas de gran firmeza de caracter, no doblegándose jamas ante los halagos ni ante las amenazas que se le hicieron en Buena Vista.

Con la caida de este ministerio terminaron sus tareas los legisladores, pues á los pocos dias las Córtes fueron disueltas; pero el país que ardia en resentimiento, y en deseo de vengar tantos ultrajes se levantó en masa, proclamando el ministerio Lopez. La campaña arreciaba por momentos. Muchos jefes del ejército habian tomado parte en la contienda, y no pareciéndole decoroso al general Serrano estarse quieto mientras los pueblos y los soldados se batian

por su causa, y arrinconado con su espada envainada, abandonó la capital de la Monarquía, y se trasladó á Barcelona, habiéndose disfrazado para hacer el viaje, porque de otro modo hubiera corrido riesgo, y aun quedándose pacífico en la capital del reino no lo hubiera pasado bien.

El movimiento de Barcelona era el mas desordenado, y aquella junta la mas exigente de cuantas se formaron en aquella ocasion; achaque frecuente y comun en todas las juntas que en el periodo de nuestra revolucion se han formado en aquella populosa ciudad. Allí fué recibido el general Serrano con los brazos abiertos, especialmente por la gente honrada del país, que empezaba á temer por las disposiciones de la junta, y que deseaba que se pusiese al frente quien pudiese contener desmanes. No habiéndose presentado ningun otro miembro del gabinete, pues todos andaban escondidos ó fugitivos, fué investido el general Serrano con el cargo de ministro universal, y empezó á funcionar como gobierno, tomando todas las disposiciones mas á propósito para que la lucha concluyera pronto, y para que el voto de los pueblos se realizase sin demora. Así fué que revestido de ámplios poderes, llamó á su lado á los demas individuos del gabinete, destituyó del elevado cargo de Regente á don Baldomero Espartero, concedió grados y obró con arreglo á las circunstancias, decretando y resolviendo cuanto mejor le parecia para conseguir el objeto que la Nacion se habia propuesto.

Entonces dió al público un notable manifiesto justificando su conducta, y explicando menudamente todos los trámites, y analizando las causas que habian producido la crísis en que la Nacion se encontraba. Este documento digno, enérgico y decoroso, fué reimpreso en todas partes, por todas las juntas, y se buscaba con afan en los primeros momentos que de él se tuvo noticia. Todos los actos del general eran públicos, los periódicos que se repartian en Cataluña venian cuajados por aquellos dias de órdenes y circulares del ministro universal, y esta publicidad abona bastantemente su conducta.

La situacion no se resolvia, aunque se habian alzado tambien las provincias de Galicia y Castilla, y era preciso avanzar y provocar un choque que sacase al pais de la ansiedad en que se encontraba. Las pocas fuerzas que salieron de Valencia mandadas por el bravo y acreditado general Narvaez habian llegado á Teruel, y con algunas fuerzas mas que se pudieron reunir, se formó el ejército de vanguardia que habia de atacar las fuerzas de los generales Seoane y Zurbano, ya rechazados de los confines de Cataluña, y que por otra parte se replegaban hácia la capital de la Monarquía, á la sazon amenazada con las fuerzas del general Azpiroz. El golpe decisivo consistia en apoderarse de Madrid, residencia de nuestra augusta Reina, y porque era de las pocas capitales que sostenian el poder de Espartero. En los campos de Ardoz se decidió la contienda completamente, triunfando la causa de los pueblos, y como despues se ha visto, la causa de la Reina tambien. No queremos ni debemos entrar en pormenores que no son de este lugar, y que todos saben, porque los acontecimientos están recientes y muy grabados en la memoria de las gentes. Recorremos la historia de los últimos tiempos rápidamente, y nos paramos allí donde el general Serrano figura como gobierno.

Cuando se supo en Madrid el resultado de la jornada de Ardoz, salieron comisiones de este ayuntamiento y diputacion á conferenciar con el general Azpiroz, desentendiéndose completamente del ministro de la guerra, todavía entonces ministro universal, y desentendiéndose tambien del general Narvaez, dueño del campo en Torrejon de Ardoz. Cuando el general Serrano tuvo noticia de la capitulacion firmada, se incomodó grandemente, y dió órden para que avanzasen y penetrasen todas las fuerzas en la capital. Así fué que el 23 de julio de este año á la una de la noche aun estaban desfilando batallones por el real Palacio, y el ministro de la guerra despachaba ya en su secretaría. Al siguiente dia quedó constituido el gobierno provisional en Madrid, compuesto de las mismas personas que formaban el gabinete de mayo, excepto el ministro de Estado que renunció en cuanto tuvo noticia de su nombramienio.

No ha faltado quien censurase secretamente la conducta del general Serrano, diciendo que habia roto la capitulacion; pero los que tal han asegurado no se han tomado el trabajo de presentar todos los capítulos de aquel convenio, pues en uno de ellos se sometia á la resolucion del gobierno; por lo tanto el general Serrano, ministro universal, podia resolver á su antojo. En estos como en otros ataques ha existido mas pasion y resentimiento que imparcialidad, y cuidado que nosotros no tratamos de justificar plenamente al general; diremos sí nuestra opinion sobre algunos actos que juzgamos censurables y refutaremos de paso otros.

Desde entonces no quedó duda alguna de la victoria en favor del gobierno provisional, y así sucedió que antes de un mes no tenia que temer por los partidarios del ex-Regente; pero se estaban preparando en Cataluña otra vez nuevas rebeliones; pero como de cuanto ha sucedido en el gobierno pertenezca á la historia, mas bien que á la biografía de uno de sus miembros, harémos relacion de la parte que le toca al general Serrano.

Acusábanle ya desde los primeros dias los que no habian conseguido su propósito, acusaban al general Serrano de haber faltado á su palabra, por haber prometido á los de Barcelona que se estableceria la junta central, y por haberse opuesto desde Madrid á que esta institucion desconocida en nuestro código político se plantease. Y aquí hay que tener presentes muchas circunstancias. La opinion de Barcelona, era muy respetable, ya por el carácter de sus habitantes, ya por su número, ya por sus servicios, pero Barcelona no era la nacion, y como la generalidad de las juntas querian que continuase rigiendo la Constitucion de 1837, y como habia que acceder á las peticiones de la mayoría, entre provocar un conflicto con la nacion entera, y sostener nueva lid con los barceloneses, el gobierno, no el general Serrano, resolvió que no se instalase junta central. La responsabilidad si la hubiera sería de todo el ministerio, no de un individuo, que cuando otorgó aquella palabra no conocia suficientemente la índole de todos los alzamientos parciales, ni la voluntad de la mayoría. Todo lo mas que puede censurársele es por alguna falta de prevision, pero no de otra cosa.

Mientras don Francisco Serrano ha estado en campaña batiendo á los facciosos que disputaban el trono á doña Isabel II, y aun cuando pasó de la vida militar á la vida política, tomando asiento en el parlamento, la prensa le ha perdonado completamente, pues el nombre del señor Serrano, no se estampaba sino para elogiarle, especialmente por la parte de la prensa que sostenía las mismas opiniones políticas que siempre ha abrigado el general. Esto prueba indudablemente que no ha cometido falta ni ha incurrido en defectos que merezcan gran censura; pero en los dias que se hallaba al frente del gobierno en Barcelona, un periódico sostenedor de los principios y de los hombres, en cuya bandera política habia servido el general Serrano, le hizo un cargo gravísimo, le acusó de asesino, y de asesino nada menos que del ilustre general Torrijos. Con este motivo, se pretendia hacer recaer sobre don Francisco Serrano, la odiosidad de absolutista, porque como es bien público, el malogrado Torrijos fué sacrificado por el gobierno absoluto, á mas de la odiosidad de un crímen tan horrible, y sobre todo en estos tiempos. Alegábase por razon principal para esta imputacion bastarda el haber conducido un pliego el señor Serrano cuando ocurrió la catástrofe de Torrijos, y el hallarse en aquella época de alferez de carabineros; y se han fundado los que han arrojado la acusacion, en que fué recomendado al gobierno de aquel tiempo por la conduccion del pliego. No hay mas que atender á las circunstancias, sobre las cuales llamamos la atencion al principio de este artículo, para conocer que el cargo de absolutista no procede, pues el señor Serrano estuvo indefinido é ilimitado siendo *cadete*, y cuando por su edad no podia inspirar recelos; y en cuanto al segundo cargo, por lo mismo que es tan monstruoso, todos le han rechazado como inventado por el despecho, y por la ira de los vencidos, porque bueno es advertir que han sido enemigos, y enemigos en lo mas sangriento de una revolucion, los que escondiéndose, y sin atreverse á dar su nombre, han arrojado en la arena de la discusion esa acusacion insensata; por lo demas el que conduce un pliego en los primeros años de su vida, y en asuntos del servicio, cumpliendo con su deber y con la consigna de soldado, siquiera ese pliego lleve la vida, siquiera lleve la muerte, á nadie le ha ocurrido llamar salvador ó verdugo al que ejerce un acto del servicio que está obligado á cumplir bajo graves penas.

Pero así como creemos que estos cargos son hijos de las pasiones bastardas que germinan en épocas de disensiones domésticas, y de revoluciones políticas, así creemos que como gobernante ha incurrido en un defecto, y se le puede dirigir un cargo, que es el de haber sido demasiado pródigo en conceder gracias; porque indudablemente durante la administracion militar del ministro Serrano se han concedido multitud de grados y cruces de distincion, sin que se hayan conocido grandes hechos de armas; y si bien es cierto que algunos militares han prestado grandes servicios, y han sido remunerados con justicia, haciendo extensivas las concesiones á otros que no se han distinguido tanto, los empleos y las distinciones pierden su mérito.

Como hemos dicho anteriormente el general Serrano ha sido elegido diputado á Cortes en diversas legislaturas por las provincias de Málaga, Jaen, y por las islas Baleares, habiendo optado siempre por la primera, de cuyos habitantes ha recibido pruebas de gran aprecio, y de una distincion singular, tomando parte así en sus penas y quebrantos, como en su gloria y en su elevacion. Como diputado y como ministro su voz se ha dejado oir en la representacion nacional; y sus discursos suelen ser breves, pero enérgicos, sin que le reconozcamos grandes prendas oratorias. Como buen militar suele ser demasiado sensible á las réplicas de sus contrarios, y á los ataques que se le dirigen, que es achaque muy comun en los que están acostumbrados á mandar soldados con la ordenanza rígida de la milicia, y á los que la fortuna les ha sido próspera en los campamentos, irritarse cuando la prensa les censura, ó cuando en el parlamento les contradicen.

Habiendo sido declarada la reina doña Isabel II mayor de edad por las Cortes generales del reino, á cuya resolucion tan eficazmente ha contribuido el general Serrano como militar, como ministro y como diputado, uno de los primeros actos de S. M. fué elevarle á la alta dignidad de teniente general del ejército español, habiéndole rehabilitado para que continuase en el ministerio de la Guerra interinamente. Y habiéndose declarado á los pocos dias una crísis en el ministerio, por el empeño que manifestó el presidente del que fué gobierno provisional de retirarse á la vida privada, tambien la Reina le ha concedido el nombramiento de ministro de la Guerra definitivamente, para que la sirva de consejero responsable en cuanto tenga relacion con este departamento. Resistióse en esta ocasion á continuar en el ministerio, porque tenia compromisos contraidos, que no eran satisfechos, segun se decia, pero hubo de ceder á las instancias que sin duda se las harian cuando al fin aceptó tan elevado como grave cargo.

Hemos procurado reasumir en el espacio mas breve la historia, y los hechos principales que tienen relacion con la vida de don Francisco Serrano, porque ni ha sido nuestro objeto mas que dar á conocer en grande los rasgos que le caracterizan, y los acontecimientos en que ha figurado; ni hubiera sido posible en un periódico de las dimensiones de *El Laberinto* haberse detenido prolijamente como lo requieren quizá sucesos tan importantes como en los que hemos visto elevarse al general Serrano; al que quiera acometer esta empresa tiene aquí algunos apuntes que le servirán para concluir una obra que es necesaria, y que servirá de mucho para cuando se haya de escribir la historia de esta guerra, y de esta revolucion, en la cual apenas hay accion memorable, ó jornada revolucionaria de esas que han cambiado rápidamente el aspecto de los negocios públicos, en la que no figure visiblemente el nombre de don Francisco Serrano.

AGUSTIN ESTEBAN COLLANTES.

Madrid 26 de noviembre de 1843.

HISTORIA

DE

LOS AMANTES DE TERUEL.

El público ha visto en estos dias unos carteles anunciando la *Historia de los Amantes de Teruel*, por D. Estéban Gabarda. Este opúsculo, que forma un elegante cuaderno de 150 páginas, fué impreso el año próximo pasado en Valencia. Por entonces imprimia yo el *Apéndice al Teatro escogido de Fray Gabriel Tellez* (*Tirso de Molina*), para cuyo volúmen habia escrito una larga nota, á propósito de una comedia de *Los Amantes de Teruel*, obra de un anónimo y publicada por Tirso, de la cual tenia que dar allí alguna noticia; pero habiendo leido la obra del Sr. Gabarda, retiré de la imprenta la nota, porque los argumentos que yo empleaba para probar la verdadera existencia de los célebres amantes, me parecieron muy débiles al lado de los que el Sr. Gabarda, mejor informado de algunas cosas que yo, producia juiciosa y hábilmente en su escrito. Aprovechando ahora el nuevo anuncio de la historia de los Amantes, deseoso de llamar la atencion hácia ella, y de justificarme al paso de una acusacion que pienso no haber merecido, saco á luz el mencionado artículo ó nota, seguido de algunas ligeras observaciones. Era su contexto el siguiente.

LOS AMANTES DE TERUEL.

El nombre de los Amantes de Teruel, cada vez que se oye en el recinto de nuestra Península, trae á la imaginacion de todos los españoles el modelo mas cabal y perfecto de un amor virtuoso, entrañable y

fino: es una especie de expresion proverbial con que representamos el último grado de la pasion amorosa, limpia de crímen: es un símbolo para ella, como el nombre del Cid para el valor, y el de D. Quijote para la extravagancia. No hay español que ignore que existen en Teruel los cadáveres de los desgraciados Juan Diego Marcilla é Isabel de Segura; no hay quien ignore la breve y dolorosa historia de sus amores y su muerte; pero la época en que vivieron solo era hasta ahora conocida de los que leian en Teruel, en la inscripcion colocada sobre el armario donde se guardan sus restos, que «fallecieron el año 1217», ó de los que hubiesen habido á las manos unas noticias publicadas por D. Isidoro de Antillon en 1806, que no circularon mucho. Nuestros abuelos, y de la presente generacion todos los que no viajan ni leen, creian á pié juntillas que D. Diego y Doña Isabel habian sido contemporáneos de Cárlos V, porque en aquella época aparecian en la comedia de Montalvan, única de las que se escribieron sobre este asunto, que ha durado en las tablas hasta nuestros dias. Fijar esta época era sin embargo, como luego se verá, una cosa de mucho interés; y hasta ahora no abundan, por desgracia, documentos con cuyo apoyo pudiera quedar firmemente establecida.

Los historiadores antiguos aragoneses no refieren este acontecimiento; aunque es verdad que los de tal género merecian muy poca atencion á los cronistas generales de aquella edad remota, para quienes era pueril, mezquino é indigno de las páginas de la historia todo lo que no tocaba de cerca á las personas de los príncipes y grandes, á los intereses privilegiados de los pueblos, á la religion ó á sus ministros. Nada tuvo que ver con esto la encendida pasion de Marcilla y Segura; y así, la muerte de dos jóvenes de condicion privada, que no produjo atropellamientos, venganzas, bandos ni fundaciones pias, debió pasar desatendida de los escritores antiguos, como una de tantas desgracias domésticas, como una de tantas muertes de sentimiento que hoy ocurren, de las cuales no se escribe un renglon, y los que las saben las olvidan al mes de sucedidas. Pero el pueblo, que tiene su gusto particular histórico, muy diferente por cierto del de los historiógrafos, suele hacer mas caso de estas aventuras que de los capítulos mas importantes de una crónica erizada de tratos y negociaciones que no entiende, ó de triunfos y derrotas que le han costado caro: así los turolenses conservaron por tradicion este suceso, que pasó de padres á hijos hasta mediados del siglo XVI, quedando probablemente entretanto sepultada en el olvido la relacion que por loable espíritu de paisanage parece que se ingirió en unos anales de Teruel que nadie ha visto, y que acaso serian bastante posteriores á la época de los amantes. Que han existido algunos documentos acerca de estos en Teruel es muy probable, supuesto que registrado el archivo del ayuntamiento de aquella ciudad por un amigo del Sr. Antillon, halló que constaban en el índice unos *papeles sobre los amantes*: aunque tales papeles faltasen en el archivo, natural era que existiesen cuando se puso en el índice aquella nota. De la tradicion, pues, de las copias viciadas ó fieles de la relacion que formaba parte de los anales, y de las comedias mas antiguas sobre este asunto, resulta lo siguiente, desentendiéndonos ahora de la cuestion cronológica.

Juan Diego Garcés de Marcilla, hijo segundo de un padre poco acomodado aunque noble, amaba á Isabel de Segura, cuyo padre, que era rico, se oponia á la union de los amantes por la falta de bienes de Diego. Trató este de vencer la desigualdad que establecia entre los dos la fortuna, enriqueciéndose en la guerra; y habiendo recabado de la dama y del padre que le concedieran á este fin siete años de plazo (dicen otros que tres y otros que cinco), partió de Teruel, y cumplido el término señalado, no vino. El padre de Isabel hízola entonces casar con otro pretendiente, persona de caudal; y la noche en que se celebraban las bodas, tornó Marcilla inesperadamente á su pátria, y supo que su amada era ya esposa. Consiguió esconderse en la habitacion de los novios, y mientras su dichoso rival dormia, se presentó á Isabel y dióle mil quejas: satisfizolas ella diciendo que trascurrido el plazo sin que Diego volviera, no habia podido ella resistir á la voluntad de su padre; rogóle que se retirára; pidióle él por última señal de cariño un beso; nególo Isabel como honrada; y Marcilla, interpretando como prueba de desamor aquella negativa, espiró en el acto de pesadumbre. En tan extraño conflicto, Isabel hubo de despertar á su marido y referírselo todo; sacaron el cadáver de casa; la familia de Diego dispuso el funeral del malogrado mozo al dia siguiente, al cual asistió el recien casado; y al querer dar tierra al cadáver y apartar á una mujer tapada que habia entrado en la iglesia durante las honras y aun permanecia apoyada contra la tumba, echaron de ver que estaba muerta; y descubriéndole el rostro, vieron todos los circunstantes que era la infeliz Isabel de Segura. El marido justificó entonces á su mujer refiriendo el caso, y de comun acuerdo se convino en enterrar á los dos amantes en una sepultura.

Ahora bien: todos los que hayan leido el Decameron del Bocaccio recordarán la novela florentina de Girolamo y Salvestra ó Gerónimo y Silvestra, la cual tiene con la historia de nuestros amantes una semejanza pasmosa en el fondo, aunque varía en los accidentes. Girolamo, mancebo de poca edad, hijo de una viuda rica, se enamora de Salvestra, hija de un sastre; la madre, para quitar al muchacho los amoríos de la cabeza, le persuade á que se vaya á París á instruirse en el comercio; obedece el hijo; pasa allí un año, y tornando á Florencia despues, averigua que Salvestra se ha casado. Afligidísimo entonces, penetra una noche, como Diego Marcilla, hasta el lecho nupcial, habla á Salvestra, la acusa, discúlpase ella; y alegando él hallarse transido de frio, le pide que le haga lugar en la cama, donde las dolorosas consideraciones de que se halla para siempre separado por la religion, el honor y las leyes de aquella mujer que tiene tan cerca, pueden tanto con el enamorado jóven, que rendido á la desesperacion, reprime su aliento en términos, que el ahogo, ó mas bien el pesar, le quitan la vida. Las demas circunstancias de despertar la mujer al marido, sacar al difunto, y morir la amada al dia siguiente sobre el féretro del amante, son idénticas en ambas narraciones.

El Decameron parece que vió la luz pública por los años de 1353; por consiguiente, los autores de las composiciones dramáticas antiguas que supusieron haberse hallado Marcilla en la gloriosa jornada de Cárlos V á Túnez verificada en 1535, y haber fallecido en Teruel aquel mismo año, lejos de haber favorecido á la tradicion con generalizarla, la perjudicaron notablemente, pues existiendo la aventura de Girolamo escrita casi dos siglos antes de la jornada de Túnez, hubiera podido creerse que los escritores españoles, habiendo oido decir que en Teruel habian muerto dos personas de amor, les atribuyeron gratuitamente las circunstancias del trágico y fabuloso fin de la pareja florentina.

Pero no fué así. A la comedia de los Amantes de Teruel que publicó Tellez, sobre la cual trazó Montalvan la suya, habia precedido el poema de Juan Yagüe de Salas, con igual objeto y título, en cuyo prólogo da cuenta el autor de la tradicion tal como antes se ha referido, y señala su época á principios del siglo XIII. Qué motivo tuviesen el autor anónimo y su imitador Montalvan para hacer una traslacion cronológica tan grave y tan innecesaria, no es fácil de adivinar: yo lo atribuyo á que no leyeron el poema de Yagüe. A los dos años de haberse publicado dicho poema, Blasco de Lanuza, autor de una historia eclesiástica y secular de Aragon, manifestó sus dudas acerca de la verdad de este acontecimiento en la forma siguiente: «Ni quiero tratar aquí de lo que se dice del suceso tan sonado y tan cantado de Marcilla y Segura, que aunque no lo tengo por imposible, creo certísimamente ser fabuloso; pues no hay escritor de autoridad y clásico, ni aquellos *anales* tantas veces citados, con ser particulares de las cosas de Teruel, ni otro autor alguno que de ello haga mencion; si bien algunos poetas le han tomado por sugeto de sus versos, los cuales creo que si halláran en archivos alguna cosa de esto, ó si en las ruinas de la parroquial de San Pedro de Teruel (queriéndola reedificar) se hubiera hallado sepultura de mármol con inscripcion de estos amantes, no lo calláran.»

Yo no tengo noticia de que hasta entonces hubieran tomado por asunto de su pluma el amor de Segura y Marcilla otros poetas que Andrés Rey de Artieda, autor de una tragedia titulada *Los Amantes*, y el citado Yagüe de Salas que se apoyó principalmente en la tradicion, sin copiar anales ni letreros en mármol: es pues de creer que Lanuza se dirigiría á otros autores cuyas obras son hoy desconocidas. El mismo Lanuza, por cuyo testimonio sabemos que el suceso de los amantes era entonces muy *sonado* y *cantado*, nos manifiesta evidentemente que se hallaba extendido por tradicion antes que Yagüe lo celebrára; y en efecto, la tragedia de Andrés Rey de Artieda, primera obra dramática que se escribió sobre estos célebres personajes, fué impresa el año 1581.

A las personas instruidas de Teruel, que vivian en la confianza de que nadie desmentiría un suceso como el de los Amantes, creido por todos sus paisanos, debió moverles el párrafo arriba inserto de Blasco Lanuza á buscar documentos que probasen la existencia de sus héroes, con cuyo objeto debieron de promover los racioneros Juan Ortiz y Miguél Sanz la exhumacion pública de los cadáveres, practicada el siguiente año de 1619 á 13 de abril. Con la noticia que dieron varios vecinos, ayudada de la voz general, de que habiendo sido exhumados los restos de los amantes en el año 1555 al edificar una capilla en la parroquia de San Pedro, fueron vueltos á sepultar en la de San Cosme y Damian, cavaron en el sitio indicado, hallaron dos féretros con dos cadáveres, varon y hembra, y en el de aquel un escrito que decia; *este es Diego Juan Martinez de Marcilla, que murió de enamorado*. Este escrito y la relacion sacada de los anales de Teruel, incompleta y rota en muchas partes, fueron todos los documentos que pu-

dieron reunirse. Dicha relacion ó papel antiguo se hallaba en el archivo del ayuntamiento, del cual era Juan Yagüe secretario; y con fecha de 18 de abril del mismo año 1619, y tal vez á instancia de los racioneros, extendió en sus protocolos como notario público el siguiente instrumento, desconocido hasta el año de 1838 en que don Isidoro Villarroya lo publicó en el prólogo de su novela *Marcilla y Segura*, donde afirma que se debe este hallazgo á un presbítero de Teruel á cuyas manos han venido á parar las notas originales de Juan Yagüe. Insértase aquí por ser el testimonio mas antiguo que en forma histórica tenemos de los célebres amantes (1).

«*In Dei nomine Amen*. Sea á todos manifiesto que yo Juan Yagüe, ciudadano de la ciudad de Teruel, notario apostólico público y del número de ella y de su consejo general y sala, escribano, secretario y archivero, como tal hago fé y verdadera relacion á todos los á quien la presente llegare, que en el archivo pequeño de dicha ciudad, de que tengo yo una llave, donde hay diversas escripturas y papeles, á que se les dá entera fé y crédito, he hallado un papel escrito de letra antigua, del tenor siguiente, á saber es; en una hoja engrudada: *Historia de los amantes de Teruel*, y despues en la hoja siguiente: *Historia de los amores de Juan Martinez de Marcilla y Isabel de Segura*. Año mil ducientos diez y siete, fué juez de Teruel D. Domingo Celadas.»

«E pues dezimos de males y guerras, bueno es digamos de amores, no fictos, mas verdaderos. En Teruel, era un jóven clamado Juan Martinez de Marcilla, de tenor (2) vint dos años: enamoróse de Sigura, fija de P.° Sigura: el padre no tenia otra, é era muy rico. Los jóvenes se amaban muy mucho, en tanto que vinieron á faula, é dijo el jóven como la deseaba tomar por muller, é ella repusso que ciertament el desseo de ella era aquel mateix, empero que supies que nunca lo faria, sino que su padre é su madre se lo mandassen. La hora él la quiso mas; fízolo dir á su padre: su respuesta fué que ciertament él era muy bien pagado del jóven, y que venia bien.....(*rasgado*.....) do empero que él no tenia valientes riquezas, é que su padre tenia otros fijos, quen mas no le poria heredar, é que él daría á su fija treinta mil sueldos, é que aprés tenia toda su cassa, á sá que no lo faría. E al jóven fué bien contado, el cual dijo á la doncella que pues su padre no lo menospreciaba sino por los dineros, que si ella lo queria esperar cinco años, que él iría á treballar agora por mar, agora por tierra, en do hubies dineros; y..... á fin, de nuevas ella se lo prometió; porque la historia es larga de recontar, revolviéndose contra moros estos cinco años, ganó pasados cient mil sueldos. La doncella en este tiempo fué muy acusada del padre para que tomás marido; su respuesta de ella era esta: que habia votado virginidad entra que fués de veinte años, diciendo que las mulleres no debian cassar sin que supiessen regir sus cas..... (*roto*.....) El padre, como aquel que la amaba, quissola complacer: cumplidos los cinco años, el padre le dijo: fija, mi deseo es que tomes tu compañía: ella vidiendo que el tiempo de los cinco años era ya passado, é no sabia res del enamorado, dijo que le placia; tantost el padre la despossó, é á poco tiempo fizieron las bodas, é el otro... arriba... (3) (*falta una hoja*...) é dijo béssame que me muero, é ella respusso no placia á Dios que yo faga falta á mi marido; por la passion del Señor Jesucristo vos suplico que vos acorhateis con otra, que de mí no fagais cuenta; pues á Dios no ha placido, no place á mí. E él dijo otra vegada: béssame, que me muero; é repusso: no quiero; é la hora cayó muerto. Ella que lo vidia como si era de dia por la gran lumbre de la cambra, tomósse á temblar, é despertó al marido diciendo que tant roncaba que le facia miedo, que contase alguna cosa: é él contó una burla, é ella dijo que queria contar otra, é la hora... por órden sus amo... é de como... iso, era muerto. Dijo el marido: ¡oh malvada! ¿é por qué no lo besaba? Respuso ella empero: no hizo falta á su marido. Ciertament no, dijo él, antes es digna de loor. La hora dijo: levantadvos, que á Juan Martinez que agora ha venido tan rico trovareis muerto bajo el lecho. E él todo alterado levantósse, é no sabia que fiziesse. Decia: si las gentes lo saben que aquí ha muerto, dirán que yo lo he muerto, y seré puesto en gran conffussion. Acordaron que se esforzassen entramos, é que lo llevassen á cassa de su padre; ellos lo fizieron con grant affan, que no fueron sentidos: el cuitado del padre, que no sabí su fijo do era, toda aquella noche no durmió ni se spujó. Como fué el alva, abrió la finestra, é vido á su fijo tendido á la puerta; echa dos grandes chillidos to... Buscábanle como lo habian muert... é no trobaba fecho (1). A la final no ovo otro remeydio sino soterrarlo; é como era de gran mano, é tenia mucho dinero, fizieron gran fiesta de companias y clérigos. La jóven cayóle gran pensamiento de quanto la queria é quanto habia fecho por ella, é que por no quererlo bessar era muerto: acordó de irlo á bessar antes que lo soterrasen, é tomó su honesta compania, é se fué á la iglesia del Señor Sant Pedro, que allí lo tenian. Las mulleres levantáronse por ella; ella no curó de mas sino de... (*roto*) al muerto... escobijóle la ca... (*roto*) apartando la mortaja, besólo tan preso, que allí esclató, y estaba queda, que no cayó. Las gentes que vidian que ella que era no parienta, asi estaba sobre el muerto, fueron algunas parientas por dirle que se tirás... (*roto*) vieron que era muert... (*roto*) vend... á no... á (2) del marido, é la hora devant todos quantos habia contó el casso segun ella se lo habia contado, é acordaron de soterrarlos juntos en una sepultura. Los actos que aquí se fizieron fueron muchos, empero aquí se ha puesto tan breve como veyeis.»

Juan de Yagüe fué desgraciado en todo lo que escribió acerca de los héroes del amor, sus paisanos. Por su poema le colocó Moratin en el número de los autores despreciables, calificándole nada menos que de *insipidísimo*, y por él tambien don Isidoro de Antillon le acusó de impostor y falsario. Fué el caso que el señor Antillon inquiriendo en Teruel noticias acerca de los amantes el año 1806, dió en el archivo de la iglesia de San Pedro con una relacion manuscrita que aparecia como copia hecha por Yagüe de otro manuscrito existente en el archivo de la ciudad. La tal relacion no era la que ya ha visto el lector, sino otra que concordando al principio con ella lo bastante para conocerse que era traslado del mismo original, se separaba luego notablemente en giro, locucion y toda suerte de formas, agregándosele la particularidad extraña de estar plagada de versos del poema de Yagüe, íntegros unos y desbaratados otros. Ocurrióle al señor Antillon al punto, como era natural, el pensamiento de que la relacion era falsa; pero ocurriósele con la peregrina circunstancia de creer que Juan de Yagüe era el que la habia falsificado: lo cual equivalia á suponer que un hombre como Yagüe, versado en literatura y capaz de escribir una epopeya buena ó mala, no sabia distinguir el verso de la prosa, ni extender en prosa lo que él mismo habia escrito en verso, ni distinguir el estilo moderno del antiguo, ni conocer en fin que si forjaba una relacion en la cual incluia sus propios versos y afirmaba que esta relacion era muy anterior á su poesía, se despojaba del carácter de poeta á sí propio, y quedaba convertido su libro, á lo menos en el pasaje mas interesante, en una miserable rapsodia formada sobre el manuscrito de donde habia copiado el trozo casi á la letra. El tiempo ha justificado de esta acusacion á Yagüe, descubriéndonos la relacion que él protocolizó y que el señor Antillon no pudo haber á las manos, la cual seguramente no parece obra de dos plumas distintas.

Los argumentos en que se fundó el señor Antillon para creer que Yagüe habia sido el autor de la relacion que vió, (y que debió de zurcir con vista del poema de Yagüe mucho despues algun hombre ignorantísimo) fueron estos. 1.° Que él fué quien dió testimonio de haberse sacado del ayuntamiento la relacion citada.—Ya se ha visto que la relacion testificada por él no es la que vió el señor Antillon. 2.° Que él tenia grande interés en acreditar la historia que supuso radicada en Teruel por una tradicion constante. —Prueba de que no tuvo tal interés, supuesto que publicó su poema apoyándose en la tradicion; y no hay duda de que la tradicion existia antes, cuando ya en 1581 se habia escrito una obra dramática fundada en ella. 3.° Que supuesto que Yagüe, secretario del ayuntamiento de Teruel, no dió cuenta de la relacion al publicar su poema, se debe creer que tal instrumento no existia en el archivo, y que él lo fabricó para responder á Blasco de Lanuza.—Yo creo por el contrario que Yagüe tenia noticia del manuscrito; y que se abstuvo de hacer mencion de él porque el tal manuscrito se apartaba de la tradicion, la cual se propuso respetar Yagüe acaso por consideraciones á la familia de los Amantes, acaso porque un papel roto y falto no le pareció documento bastante respetable para servirse de él como auténtico, y acaso tambien porque la letra no representaria grande antigüedad, por lo cual y por estar escrito, no en latin, sino en castellano, su fecha debia de ser reciente y su autoridad era dudosa. Segun la tradicion, el suceso no correspondia al siglo XIII, porque uno de los aprobantes del poema de Yagüe afirmaba en 1616 que los amantes murieron *bien há trescientos años*, opinion que quitaba un siglo de antigüedad al suceso. Yagüe, mejor informado, (y esto indica que hubo de ver el manuscrito) se acercó mucho mas á la época verdadera; sin embargo, como en el encabezamiento de la relacion se fijaba la muerte de los amantes en el año 1217 y Yagüe la supuso unos doce años despues; como en dicho encabezamiento se llamaba *Juan* al héroe y Yagüe, siguiendo sin duda la tradicion, le llamó *Martin*, citar el manuscrito hubiera sido atestiguar contra sí propio, ó por lo menos obligarse á justificar estas y otras licencias y alteraciones. Preguntar qué se haya hecho el manuscrito original despues, y porque haya desaparecido de la ciudad, seria lo mismo que preguntar porque no existen en otros archivos otros innumerables documentos mucho mas importantes.

De esta larga exposicion de hechos solo resulta en claro que en 1619 existia en Teruel una breve historia de los Amantes, en cuyo principio se decia que habian muerto el año 1217; que fueron exhumados entonces; que vivian á la sazon personas que se acordaban de haberlos visto desenterrar por primera vez en 1555; que habian sido ya objeto de muchos poemas, y que corria en la ciudad una tradicion, mas ó menos conforme segun los tiempos y personas, pero constante siempre y acorde en afirmar que á tales personas sepultadas en tal paraje, habian ocurrido tales aventuras; que sobre estas aventuras guardaban silencio las crónicas generales aragonesas; y por último que la catástrofe de Girolamo y Salvestra referida por el Bocaccio tiene una cabal semejanza de fondo con la de Marcilla y Segura. Estas dos últimas singularidades, lejos de probar algo contra la historia de los Amantes, pueden tal vez servirla de algun apoyo. El silencio de nuestros historiadores hasta puede interpretarse como señal de que el suceso es antiguo: si hubiera ocurrido en tiempo del emperador Cárlos V sonaria en todas las historias contemporáneas porque entonces, y aun mucho antes, ya habia en España escritores de biografías. El cuento del Bocaccio es posterior mas de un siglo á la fecha establecida en la relacion: nada mas facil que en una época en que los aragoneses dominaban en Sicilia y mantenian relaciones con Nápoles y toda Italia, hubiese oido Bocaccio referir el suceso de los Amantes, ó cantar de él alguna trova, y se hubiese aprovechado del asunto vistiéndole á la italiana, como hizo con otras anécdotas de varios paises que transplantó al suyo, dándolas por acaecidas en él. En fin, contra el silencio de las crónicas, contra la novela del Decameron y contra las dudas de Lanuza y Antillon acerca de la historia de los Amantes, existen en Teruel sus cadáveres, una tradicion y un escrito, con lo cual basta para tener el hecho por verdadero. Este sufrió la suerte de todos los que se perpetúan por tradicion: cuando viene un curioso que los escribe, ya suele hallarse el suceso desfigurado en parte, perdidos ó cambiados los nombres en él, y quizá las fechas: creo por lo mismo que la relacion de los amantes debió escribirse bastantes años despues del fallecimiento de Marcilla y Segura, y que de eso nace que tenga, digámoslo así, la forma de cuento, y que se pinte con detencion el hecho, al paso que se omiten varias circunstancias de las personas y el nombre de algunas.

(1) Posteriormente mi amigo el señor don Pedro Miguel de Peiro me ha regalado una copia antigua y auténtica de esta relacion: aquí el testo vá arreglado á la publicacion del Sr. Gabarda.
(2) *Unos*, dice mi copia.
(3) Llega, llegó.

(1) *Golpe*, dice en mi copia.
(2) *Venido á no*... dice en mi copia.

En esta idea me confirma el observar que el lenguaje de la relacion no es del siglo XIII sino del XV, pues comparándola con los escritos de Domingo Berceo, Juan Lorenzo y Alfonso el Sábio, noto que la locucion *facer falta* (en sentido de ofensa) solia ser en el siglo XIII la de *facer tuerto ó desaguisado*; se decia *mancebo* en lugar de *jóven*, *haber* por *tener*; *prender* por *tomar*; *algos ó bona* por *riquezas*; *cá* en vez de *porque*; *y ó hi* en lugar de *alli*, etc., etc. Por otra parte hallo en la relacion las palabras *mateix*, *aprés*, *res* (nada), *tantost*, *trovareis*, *mulleres* y alguna otra, que visiblemente son lemosinas; por lo cual me inclino á creer, como ya he insinuado antes, que sobre este suceso se hubieron de componer alguna ó algunas canciones lemosinas inmediatamente despues de ocurrido el lance, y que sobre el contexto de ellas redactó algun curioso en el siglo XV la relacion testimoniada por Yagüe, á la manera que el autor ó autores de la crónica general que lleva el nombre de Alfonso el Sábio, escribieron muchos pasajes de ella sobre la fé y letra de los cantares antiguos.

Hasta aquí la nota ó artículo que pensaba colocar en el Apéndice al Teatro de Tirso de Molina: necesito ahora alargarla un poco para contestar á la inculpacion que el señor Gabarda me hace en el prólogo de su historia en los términos siguientes. «El autor moderno (dice) del drama de los Amantes de Teruel, mancillando sin necesidad la memoria de una familia ilustre, y ofendiendo á la moral de un pueblo religioso, háse permitido la licencia de hacer adúltera á la honrada madre de Isabel.» En primer lugar el señor Gabarda se equivoca lastimosamente creyendo que puede mancillar la memoria de álguien un hecho que se dá por fingido: ficcion, invencion, fábula es el drama, y no historia, y por consecuencia, ni los elogios ni los vituperios que se aplican á un personaje histórico en una fábula, le hacen mejor ni peor que fué. En segundo lugar, filosófica y justamente pensando, la mancilla, caso de haberla, recaería sobre el personaje vicioso, extendiéndose cuando mas á los que le dieron el ser y la educacion; y como yo me he guardado muy bien de poner apellido á la madre de Isabel, no sé como puede haber familia que pierda por este concepto. Tambien se equivoca el señor Gabarda imaginando que se ofende á la moral de un pueblo, por religioso que sea, cuando se le presenta en el teatro una mujer culpable devorada por los remordimientos, oprimida con el peso de una reputacion que no merece, y causando al fin, por el deseo de conservar esa reputacion, la desgracia y la muerte de su hija única: por el contrario, la verdadera moral es esta: manifestar palpablemente que el crímen, aunque no llegue á ser descubierto, es siempre castigado. Por último, el señor Gabarda califica de *honrada* á la madre de Isabel: como caballero hace perfectamente, y yo me pongo de su parte y le aplaudo; pero era necesario que como historiador hubiese traido algun testimonio para que no tuviésemos que creerle bajo su palabra; y de esto se desentiende tanto el señor Gabarda, que ni nos dá noticia alguna de aquella señora, ni aun nos dice si ha podido averiguar su nombre. Ahora bien: un personaje que existió hace 600 años, pero de quien nada absolutamente se sabe, ¿no es para el autor dramático casi igual á un personaje de invencion, á quien puede figurar bueno ó malo segun le convenga? A mí me parece que sí; pero si el señor Gabarda me manifiesta con documentos contemporáneos cómo se llamó la esposa de don Pedro Segura, y que fué mujer de virtud sin tacha, yo me obligo á corregir mi composicion de ese que el señor Gabarda mira como tan grave defecto.

La *Historia de los Amantes de Teruel* está escrita con claridad y acierto; los documentos que la acompañan son curiosos, las observaciones críticas excelentes. En la página 20, refiriéndose el señor Gabarda á la tradicion en su estado actual, dice que Marcilla al volver á Teruel *sacó el reloj* para ver la hora: por supuesto que el señor Gabarda no hace allí mas que referir un error vulgar á que no dá crédito, pues ningun sugeto instruido ignora que los relojes de bolsillo no son alhajas del siglo XIII. En la página 96 se esfuerza á probar que el Azagra que casó con doña Isabel de Segura debió ser don Pedro *Rodriguez* de Azagra, hermano de don Pedro *Fernandez* de Azagra, señor de Albarracin. Yo creo que el señor de Albarracin, don Pedro, no tuvo mas hermano que aquel otro don Pedro Fernandez (de quien hace mencion Mariana), hijo ilegítimo de Hernan-Rodriguez de Azagra y comendador de Santiago. El patronímico *Rodriguez* no solia usarlo sino el que era hijo de un *Rodrigo*; y el padre de los dos Pedros Azagra se llamaba Hernan ó Fernando; por lo cual ambos debian llevar el patronímico *Fernandez*. En la edicion latina de Mariana, el pasaje que corresponde al que cita el señor Gabarda de la version vulgar, es el siguiente. *Cilia oppidum ultra Valentiam situm, Petri Asagræ et Semeni Urreæ virtute et diligentia captum est.* Aquí falta el patronímico *Rodriguez*, aquí no se dice mas que *Pedro de Azagra*; de lo que se infiere que Mariana al traducir su obra al castellano, escribió sin reparar *Rodriguez* en lugar de *Fernandez*. Sea lo que fuere, por tan leve indicio no debemos añadir un individuo mas á aquella familia, pues no por eso queda Isabel sin esposo. El vencedor de Cilla pudo ser el don Pedro Fernandez, señor de Albarracin, é hijo legítimo de Hernan-Rodriguez, ó el hijo bastardo del mismo Hernan, el don Pedro Fernandez, viudo ya de doña Isabel y comendador de Santiago: el primero como hombre de mas poder tiene en su favor mas probabilidades. Si yo he creado para Isabel en mi drama un don Rodrigo de Azagra, primo del señor de Albarracin, fácilmente se comprende que entre otras razones, ha sido por no reunir dos Pedros á cada paso, don Pedro de Azagra y don Pedro de Segura.

Fuera de estos insignificantes reparos nada encuentro que desaprobar en la obrita del señor Gabarda; que elogiar, hallo mucho.

J. E. Hartzenbusch.

CAIN Y ABEL.

CAPITULO V.

NUEVOS PERSONAJES.

Era la hora en que el sol lanza sus rayos perpendicularmente sobre la tierra, y el labrador enjuga el sudor de su frente, para buscar al abrigo de algun árbol la sombra y el descanso que sus fatigados miembros necesitan, cobrando de este modo nuevas fuerzas para la tarea de la tarde. Calurosa por demas estaba la siesta, y tal debia parecerle á un anciano, que encima de una mala cabalgadura anunciaba con sus voces y ademanes el deseo que de llegar á término traia. Segun su direccion, venia de Tolosa, y por las ansiosas miradas que de vez en cuando lanzaba hácia una casa de campo que á lo lejos y á la izquierda del camino se descubria, pudiera asegurarse sin temor de engaño, que aquel era el norte de su troton y el puerto de su sofocacion y angustia. Volaba con fuego juvenil la imaginacion del buen anciano á lo que parecia, por el continuo sacudimiento de sus manos y talones, pero no así, volaba el impávido animal que le sostenia. Ya por fin cansado de ensangrentar la espuela en los ijares del caballo, y anegado en sudor con el rigor de la estacion y sus movimientos de azogado, hubo de pensar que mas bien que seguir adelante seria prudente apearse, y descansar un instante á la sombra de un árbol que allí se le ofrecia, refrescando sus enardecidos labios en el estéril arroyuelo que por el un lado del camino serpenteaba. Asi lo hizo, y sin necesidad de trabar al quietismo animalejo, se sentó en el suelo enjugándose el rostro, y dió rienda suelta á sus imprecaciones.

—Maldito animal, exclamó desabrochándose la especie de ropilla negra que llevaba, no hay medio de hacerle salir de su paso cansino y pausado! Mal haya la hora en que desconfiando de mis cortos conocimientos y poca destreza en esto de equitacion, tuve la idea de elegirte entre los palafrenes de mi señora la condesa!

Y diciendo esto se acomodaba, como mejor le parecia el desmesurado acicate que por espuela traia, y probaba en su dedo la aguda punta, como si aun no la encontrase sobradamente punzante para atormentar y avivar á la remolona bestia. En seguida miró al cielo, calculando la altura á que el sol se hallaba, y de allí dirigió su vista hácia la quinta que á lo lejos se descubria.—Por fortuna, exclamó, la señora condesa estará á estas horas descansando, y ojalá que el sueño restituya alguna tranquilidad á su afligido corazon. Pobre señora! Cuánto sufre! El médico no faltará segun me ha prometido, y por la buena cuenta que le trae: pero ¿qué saber tiene el médico para su curacion? Está visto que ya no debemos aguardar ningun remedio de los hombres sino de la Providencia, y si la condesa hubiera de creerme antes que dar un mal sueldo á ese médico judío, habria cubierto de ricas ofrendas el altar mayor de la catedral de Tolosa.

Apenas hubo dicho esto, se puso en pie, y segun su aire de decision al dirigirse al caballo, cualquiera hubiera dicho que iba á montar de nuevo resuelto y enojado, pero lejos de eso echó mano á un saco de alfombra recia que pendiente del caballo llevaba, y tomó de él un libro medianamente voluminoso, dorado en todos sus cantos, y con sus manecillas á modo de libro de iglesia. Asi era á la verdad, pues segun se leia, al abrirle, en sus góticos y pintados caractéres contenia la Sagrada Biblia: abrióle maquinalmente y sentóse contra el tronco del árbol, sin duda para distraer las tristes ideas que anteriormente le habian asaltado. La página que el acaso le presentó á la vista era el pasaje en que los hermanos de José traen á Jacob su padre los despojos sangrientos del mas querido de sus hijos, y segun él leia en alta voz, decia en estos términos:

«Habiendo vuelto Ruben á la cisterna y no encontrando á José desgarró sus vestiduras y fué á decir á sus hermanos: el niño no parece, ¿qué será de mi? Despues de lo cual cogieron la túnica de José y habiéndola empapado en la sangre de un cabrito que acababan de matar, se la enviaron á su padre é hiciéronle decir por los que la llevaban: aquí teneis esta túnica que hemos encontrado: mirad si es la de vuestro hijo. Y el padre habiéndola reconocido, dijo: esta es la túnica de mi hijo, una fiera sanguinaria ha devorado á José; y habiendo desgarrado sus vestiduras se puso un cilicio, y lloró á su hijo mucho tiempo.

«Reuniéronse entonces todos sus demas hijos, y procuraron consolarle; pero él no quiso recibir sus consuelos, y exclamó; lloraré siempre hasta que baje con mi hijo al fondo de la tierra.»

—Válgame Dios! dijo el anciano despues de haber leido los párrafos citados, y apartando la vista del libro; ¿será este un aviso del cielo? ¿estará desti-

nada mi pobre señora á recibir tambien los vestidos ensangrentados de su hijo? No sé porque me ha sobrecogido lo que acabo de leer, la vez primera es esta que la Santa Biblia en vez de consolarme y fortalecer mi espíritu, me ha entristecido y desanimado. Ea, dejemos á un lado estas tétricas ideas, y tratemos de llegar cuanto antes á la quinta de la condesa. Dicho esto, cerró de golpe el sagrado libro, púsose en pie, limpióse con la mano el sudor que bañaba su frente, y despues de haber metido de nuevo el libro en el saco, echó las riendas á su pacífica cabalgadura y colocó el pie en el estribo; el impasible animal, fijo en su sitio, cual si fuese de bronce, ladeóse un tanto con el peso del anciano, y no sin algun cuidado de venir con él al suelo, logró el ginete pasar la pierna sobre el lomo para acomodarse en la silla: caballero ya, hincó el duro acicate en el lacerado ijar de la bestia, con todo el ahinco que la flojedad de sus vetustas piernas le permitia; y el animal mas bien por costumbre que por obediencia tomó resignado el camino de la quinta.

Dejémosle llegar tranquilamente sin cuidarnos de las continuas exclamaciones y reniegos del ginete, ni de los aun mas continuos resbalones y huidas de la cabalgadura, y no queriendo condenar al lector á seguir la lentitud de aquel viaje *á la ligera*, le rogarémos tenga á bien adelantarse con nosotros á la casa de campo que á lo lejos del camino se divisaba, y que, segun hemos dicho, era el blanco de las miradas y suspiros del anciano.

En un vasto salon del edificio, y sentada en su poltrona junto á un mirador, desde el cual se domina gran parte del camino real que conduce á Tolosa de Francia, yacia dormida una dama de hasta unos cuarenta años, reclinando su cabeza sobre un almohadon de seda colocado en uno de los brazos de la silla. La palidez de su rostro, el amoratado surco que costeando sus párpados, bajaba á perderse en sus mejillas, y el traje negro que vestia, indicaban desde luego que la persona que allí descansaba, mas que de una enfermedad corporal, adolecia de padecimientos de espíritu. En un taburete, á los pies de la dama, una jóven que apenas contaria tres lustros, bordaba en silencio en un bastidorcito de los que en el dia se usan para bordar en cañamazo, no sin levantar con frecuencia la cabeza á contemplar el semblante de la enferma. Era la jóven una graciosa criatura de ojos azules y cabellos de oro, tez sonrosada y fina, talle esbelto y flexible; hermosa en fin de esa hemosura peculiar de las francesas. El encendido carmin de sus mejillas, el fuego y animacion de sus ojos, la nitidez de su vestido blanco, sencillo como el corazon de la que le llevaba y sin mas adorno que un cinturon azul de puntas colgantes, contrastaban de un modo muy significativo con el enlutado traje, el marchito semblante y los apagados ojos de la dormida dama. Era esta la condesa viuda de Laval: era la jóven, su pupila Paulina y prometida esposa del conde Pablo de Laval.

—Pobre madre mia! exclamó la jóven Paulina que desde muy pequeña se habia acostumbrado á llamar asi á la Condesa, y observando fijamente el macilento rostro de la enferma; se ha quedado dormida: quiera Dios que ese sueño la dé algunas fuerzas y restituya la tranquilidad á su angustiado espíritu.

La Condesa lanzó á este tiempo un gemido ahogado, cual si hubiese oido las palabras de su pupila, y movió los lábios de un modo casi imperceptible, haciendo con la mano al propio tiempo un movimiento, como si quisiese repeler de sí un objeto que la incomodase. Paulina se levantó rápidamente del taburete, y acercándose á ella de puntillas, púsose á mirarla con la mano sobre el corazon, y conteniendo el aliento, como si temiese despertarla. El sueño de la enferma era intranquilo, su respiracion anhelosa, y los gemidos que de tiempo se escapaban de su pecho, hicieron conocer á la jóven que aun en sueños era atormentada su bienhechora de imágenes tristes.

—Hijo mio! hijo mio! prorumpió á poco en medio de su pesadilla la Condesa, ¿eres tú quien me llama? ¿eres tú el que veo pálido y ensangrentado? Ya voy, ya voy, aguarda.

—Dios misericordioso! exclamó Paulina, juntando ambas manos, y reprimiendo las lágrimas que arrasaban sus ojos, no quiero dejarla por mas tiempo en un sueño tan penoso. Y poseida de una idea luminosa, lijera cual la gacela, corrió á cojer una bandola que en un ángulo del salon estaba pendiente y preludió en ella algunos compases.

Abrió la condesa los ojos á las primeras notas, no sin haber dado un sacudimiento involuntario, y volviéndolos hácia la jóven que continuaba haciendo vibrar las cuerdas del instrumento, pronunció estas solas palabras.

¡Paulina! ¡hija mia!

—Vamos, contestó su pupila soltando la bandola y corriendo á besar gozosa la mano que la condesa le presentaba, has descansado?

—He dormido mucho tiempo?

—Cerca de una hora.

—Y nada de nuevo durante mi sueño? ¿no ha habido carta? Ah! no; añadió suspirando la enferma, ya me lo hubieras dicho si la hubiese.

—Escucha y mira, repuso la jóven, arrastrando el taburete hasta los pies de la condesa; y cojiendo una Margarita de un ramilletito de flores que prendido al seno llevaba. Voy á consultar mi oráculo...¿Me casaré, ó no me casaré?

Y empezó á deshojar la flor, repitiendo las mismas palabras, con igual rapidez que destruia la corola de la Margarita.

—Niña, exclamó sonriéndose tristemente la condesa de Laval.

—Me casaré, gritó saltando gozosa Paulina, y enseñando á su bienhechora el último pétalo de la flor entre sus afilados dedos, al mismo tiempo que pronunció aquella palabra en prueba de la certeza de lo que decia.—Tú no habrás olvidado el nombre del novio? añadió en seguida con suma volubilidad, y mirando cariñosamente á la enferma.

—El cielo te oiga, hija mia, replicó la condesa; pero no seré yo la que pondré tu mano en la mano de mi hijo.

—Por qué?

—Paulina, porque yo me muero.

—Ah! como puedes decir eso, contestó ella con acento profundamente conmovido, y con los ojos preñados de lágrimas.

Un elocuente silencion siguió á esta corta escena, y ni la jóven, vivamente afligida por las terribles palabras de su proctectora, ni esta sumida de nuevo en su contínua preocupacion de espíritu, pudieron en aquel momento hallar palabras con que distraerse mútuamente del triste pensamiento que las ofuscaba.

Los pasos de un hombre que se acercaba á aquel salon, y la presencia en el dintel de la puerta del anciano con quien hizo conocimento el lector al principio de este capítulo, vinieron á sacar oportunamente de tan angustiosa posicion á las dos mujeres.

—Eres tú, mi buen Daniel, dijo la condesa al ver entrar al anciano, vienes tambien á consolarme? Vamos á ver, ¿qué piadoso embuste has inventado por el camino para hacer que renazca en mi pecho la esperanza?

—Yo, señora, replicó el anciano acercándose confuso, no puedo daros ninguna buena noticia, porque nada he averiguado en la expedicion que acabo de hacer á Tolosa; mas por el camino se me ha ocurrido una idea que me ha llenado de consuelo.—Para qué me tendria Dios en este mundo al cabo de mis años, si no fuese para volver á ver y abrazar á vuestro hijo?.... Tantos y tantos se mueren sin llegar á mi edad!

—Ay de mi! exclamó la condesa al oir esto, exhalando un profundo suspiro, la misma idea se me ocurre algunas veces; paréceme, como á ti, que solo por un milagro no está ya roto el hilo de mi existencia, paréceme que mi vida está íntimamente unida á mis deberes de madre, y que si hubiera perdido efectivamente este título sagrado, estaría ya muerta. Dame el brazo, Paulina, añadió despues de una breve pausa, quiero cambiar de sitio....llévame enfrente del retrato de mi hijo.

El anciano y Paulina acudieron á ayudarla, y la colocaron segun deseaba, frente por frente de un retrato de cuerpo entero del jóven conde de Laval. Daniel arrastró en seguida la poltrona hasta aquel sitio, y habiéndose sentado nuevamente la condesa volvió á ponerse á su lado. Paulina fué á colocarse en tanto al lado del mirador, pues de este modo complacía á la que llevaba tres meses de padecimientos, y no habia dejado transcurrir un solo dia sin contemplar anhelante por espacio de muchas horas el camino real de Tolosa.

Apenas se hubo separado Paulina del lado de su bienhechora, alargó esta la mano á Daniel, y tirándole hácia sí, le dijo en vóz baja.—Ni una carta suya en tres meses. Daniel! Dios mio! no escribirme mi hijo en tanto tiempo cuando se halla en Italia, en ese pais de crímenes y maldades, de puñales y venenos! Ah! estoy segura de su muerte, y en ella descubro la mano del Altísimo; veo que veinte años de lágrimas y remordimientos no han logrado aplacar su divina cólera.

—Vos, remordimientos, señora! Vos, tan buena y tan virtuosa! Cuando yo entré á servir á vuestro padre erais aun muy niña; desde aquella época no me he separado de vos, y me atreveria á poner al cielo por testigo de que no hay en toda vuestra vida una sola accion que justifique la palabra que acabais de pronunciar.

—Calla, repuso vivamente la condesa, y no pongas al cielo por testigo de una falsedad. Crees conocerme, crees saber la historia de mi vida! Cómo te engañas, Daniel! Hay secretos que se ocultan aun al mas querido amigo; secretos que uno guarda para Dios y para sí. Escucha; mañana á esta misma hora irás á mi cuarto; allí estaremos solos y me jurarás sobre un Crucifijo guardar fielmente un depósito que voy á confiarte. Pensaba entregárselo á mi hijo; pero conozco que es necesario encargar á otro el cumplimiento de mi postrera voluntad, porque me siento cada dia mas débil.

Los sollozos ahogaron la voz del pobre anciano que por largo rato se esforzó inútilmente para articular una palabra: dando por último rienda suelta á sus lágrimas respondió á la condesa con tembloroso acento.

—Si de aquí á mañana no recibís noticias del señor conde, haré lo que me mandais, señora.

Un grito agudo lanzado por Paulina que continuaba apoyada en el antepecho del mirador y causado sin duda por la vista de un objeto que á lo lejos del camino se divisaba, vino á sacar á entrambos interlocutores de la triste enagenacion que los preocupaba.

Hay en la entonacion de ciertos gritos tan expresiva elocuencia, que en vano intentaria suplirse por la mas sentida frase, ni el período oratorio mas estudiado: ellos solos bastan para darnos á conocer las mas veces la impresion que ha recibido una persona, ó el afecto á que su alma ha cedido en aquel momento. No estrañará pues el lector, en vista de esto, que otro grito de la condesa fuese el eco del grito de Paulina, y que incorporada esta repentinamente sobre su asiento como por un muelle elástico, se precipitase hácia el mirador á pesar de su estado de languidez y extenuacion, y apoyándose en las sillas, en los muebles, en sí misma, llegase hasta el quicio, á tiempo que volviéndose su pupila hácia lo interior del salon, gritaba gozosa dando palmadas de alegria.

—Una silla de posta! ¡una silla de posta!

—El es! él es! prorumpió la condesa con descompasados gritos y asiéndose con una fuerza convulsiva de los hierros del mirador al ver que un hombre agitando en el aire un pañuelo blanco saludaba á la quinta desde la portezuela de la silla de posta.

—Pablo! Pablo! hijo mio!

Aquella violenta emocion, y el penoso esfuerzo que para arrastrarse hasta allí habia hecho, acabaron con la energía de la condesa que cayó desplomada en los brazos de Daniel.

ISIDORO GIL.

Sobre los libros de caballería, principalmente españoles.

Artículo primero.

Existe una literatura mas conocida de nombre que de hecho, literatura que ha tenido una larga época de esplendor, y ha caido en el mas profundo olvido; que fué algun dia el embeleso de toda Europa, y solo se mira hoy con general desprecio: literatura, en fin, que sea cual fuere su mérito real, ha influido extraordinariamente en las costumbres y mas de lo que se cree en otros ramos de literatura, sobre todo la dramática, habiendo producido por último resultado dos de las obras mas grandes con que se envanece el entendimiento humano: *el Quijote y el Orlando*: esta literatura es la caballeresca, formada por los que se suelen llamar *libros de caballería*. Las dos obras citadas son la parodia y la crítica de estos libros; la última particularmente labró su descrédito y los hundió en el olvido; mas sin tales libros, ni una ni otra hubieran existido; y deben considerarse entrambas como el remate de un género que teniendo á la vez mucho de grande y mucho de ridículo, concluyó por un poema á la par sublime y jocoso, y por una obra filosófica en la cual, entre lo ingenioso de la fábula y los chistes del lenguaje, se dan provechosas lecciones sobre todas las materias.

Estos dos postreros nietos de tantos padres un tiempo famosos, han quedado solos y cada vez mas admirados, mientras no nos cuidamos ya de los abuelos ni queremos saber lo que fueron. No merecen sin embargo este descuido; y bien dignos serían de que algun erudito literato examinase unas obras tan afamadas en su tiempo, y en que tal vez hallaría mucho que le admirase: al menos, su número y su importancia reclaman este exámen para dar á conocer con toda imparcialidad las bellezas que tienen y los defectos que las deslucen; en una palabra, para fijar el grado de aprecio que debe concedérseles. Trabajo es á la verdad árduo y prolijo: no es nuestro intento emprenderlo, ni es posible en un artículo de periódico; pero sí haremos algunas indicaciones solo con el objeto de dar una ligera idea de este género de literatura, y de las riquezas que encierra, principalmente en España.

No nos detendremos mucho en indagar el orígen de los libros de caballería. Generalmente se cree que hubieron de principiar en Inglaterra y en la parte Norte de Francia que se solia llamar pais de la lengua *d'oui*. Con efecto, los primeros héroes de que se habla en tales libros, son ingleses y franceses. Ocupa el primer lugar el rey Artús con los paladines de la Tabla Redonda. Artús fué el Pelayo de Inglaterra. Combatiendo contra los Sajones que habian invadido la Gran Bretaña, se retiró al pais de Gales, donde él y los suyos hicieron prodigios de valor y grandes proezas que asombraron á las gentes, por lo cual hubieron entonces de celebrarse en canciones populares. La grandeza del Emperador Carlo-Magno, sus conquistas y los hechos de sus capitanes, particularmente de su sobrino Roldan, fueron otros sucesos que posteriormente llenaron el mundo con su fama, y dieron igualmente orígen á nuevas canciones y romances. Cuando el espíritu caballeresco se difundió por Europa, aplicáronse á aquellos héroes, tan celebrados ya por todos, las cualidades que en concepto de las gentes constituían al perfecto caballero; se convirtió á cada uno en paladin dedicado á buscar aventuras extraordinarias; se inventaron nuevas hazañas sobre las que ya se alababan; la imaginacion tuvo rienda suelta; y como al propio tiempo el conocimiento de la literatura árabe difundió la aficion de lo maravilloso, se formó aquella especie de mitología propia de los tiempos heróicos de la Europa moderna, y que representa la idealidad poética de la edad media. Los primeros vestigios de los libros de caballería, reducidos entonces á cuentos y leyendas populares, han debido por consiguiente aparecer por los siglos VII y VIII; pero solo en los siguientes, cuando se organizó el feudalismo y estuvo en su auge la caballería andante, pudieron reunirse y engalanarse en la forma que han llegado á nosotros; y con efecto, era preciso que transcurriese algun tiempo para que la verdad histórica se desnaturalizase enteramente, y para revestir á héroes reales en un principio, de un carácter que no tuvieron, y de costumbres posteriores á la edad en que brillaron.

Las crónicas de Geoffroy de Monmouth y del arzobispo Turpin, cuya autoridad ha servido despues para acreditar las cosas mas absurdas, fueron los manantiales de donde se sacaron la mayor parte de los asuntos de las novelas caballerescas que ya en el siglo XIII habian pasado de Francia á Italia, donde tomaron un carácter mas poético y dieron orígen á la epopeya moderna. El rey Artús, como hemos dicho, Carlo-Magno, los Doce Pares y los caballeros de la Tabla Redonda son los héroes de tales novelas, y su asunto, ora la conquista del Santo Grial ó escudilla en que comió Jesucristo y que heredó en casa de José Arimantea, ora la libertad de Francia y Europa del yugo de los sarracenos.

Asi los trovadores como los poetas italianos, dieron á los caballeros románticos un carácter extraordinario y hasta superior, en muchos puntos, al de los héroes mitológicos griegos. Muy á menudo sus hechos exceden la medida de toda posibilidad, y van acompañados ademas de medios no menos extraordinarios y maravillosos, como son los genios, las hadas, los magos, los gigantes, los dragones alados, las armas y objetos encantados. Con tales medios, aquellos nuevos héroes se exponen á los mas extraños y horrorosos peligros, sucumbiendo unas veces y venciendo otras, siempre con el objeto de probar su valor y su respeto por las damas, y haciendo ostentacion de sus máximas sobre el pundonor, los desafios y los juicios de Dios. La religion y hasta la teología escolástica se mezclan tambien á tales proezas, y no es extraño hallar diablos que se ponen á argumentar, á fuer de buenos teólogos, catequizando á los mismos cristianos sobre los mas profundos misterios de su creencia. Finalmente, semejantes fábulas se parecen infinito á los cuentos árabes que corrian entonces por toda Europa, y de los cuales tomaron sin duda muchas cosas; pero tambien se puede decir que gran parte de ellas eran recuerdos de las antiguas fábulas mitológicas descompuestas y vestidas de mas severidad y menos riqueza; bien es verdad que todas las mitologías se parecen mas ó menos, al paso que circunstancias mas ó menos semejantes han ejercido su influencia en la imaginacion de los pueblos sujetos al mismo grado de barbarie. Como quiera que sea, si comparamos la mitología griega con la caballeresca, hallaremos que es la una mas regular y magestuosa; pero que la segunda está mas conforme con nuestras costumbres y opiniones, reflejando mejor la civilizacion moderna.

Manifestado el orígen y espíritu de los libros de caballería en general, diremos que se pueden dividir en varias series, siendo las principales:

1.ª La de las empresas de los caballeros Bretones, ó de Artús y la Tabla Redonda.

2.ª La de las empresas de los Francos, ó de Carlo-Magno y los Doce Pares.

3.ª La de las empresas galesas ó célticas; es decir, de los Amadises y sus diferentes ramas.

4.ª Las imitaciones de unas y otras.

Teniendo este articulo por objeto especial los libros de caballería españoles, no nos corresponde hablar de estas cuatro séries: la última no tiene carácter propio, y no merece ocuparnos: las dos primeras son extranjeras, y ya queda dicho cual pudo ser su orígen y la época en que debieron aparecer; la tercera es exclusivamente española, y por lo tanto la única que pertenece á nuestra literatura.

Los dos libros de Caballería mas antiguos que se hallan en castellano, son *Amadis de Gaula y Tirante el Blanco*. No es decir que no se conociesen antes en España y estuviesen ya traducidos los pertenecientes á las dos primeras séries: al contrario, hubieron de ser tan comunes, que sus personages se hicieron populares en nuestro pais, dando márgen á infinidad de romances que aun subsisten; pero desde la aparicion de aquellos empieza la época brillante de esta clase de obras en nuestra nacion, y el ardor que hubo por leerlas. Ellos dieron el grande impulso, y produjeron una vasta literatura que solo por haberla desacreditado Cervantes con su inmortal Quijote, ha caido en el olvido y desprecio, ignorándose las riquezas que hemos poseido en un género donde nuestra fecundidad no brilló menos que posteriormente en el teatro. A la verdad, esta literatura no sobresale por las dotes de la belleza clásica: los libros de Caballería estan llenos de absurdos, monstruosidades y aun ridiculeces; pero se vé en todos sobra de imaginacion, lozanía de ingenio, sentimientos nobles, delicadeza de afectos, entusiasmo guerrero, pundonor llevado al extremo, religiosidad nunca desmentida, y no pocas veces un lenguaje fluido y elegante. Encierran por fin el tipo de una civilizacion particular, y son la expresion de una sociedad que ya no existe.

El verdadero orígen de Amadís y de Tirante es todavía dudoso. En cuanto al primero, dicen unos que es flamenco, y que traducido con aumentos al castellano antiguo por Acuerdo de Oliva, fué traslaladado al Picardo por un tal Gorré, natural de Picardia. Otros dan por autor de esta novela ó crónica al portugués Vasco de Lobeira que floreció á principios del siglo XIV; y otros, en fin, presumen que el verdadero original español fué el que cayendo en manos de García Ordoñez de Montalvo, le hizo éste imprimir en los primeros años del siglo XVI, como él mismo expresa, corregido y reducido á mas culto lenguaje que el que tenia en el códice ó manuscrito de que se sirvió para publicarlo.

Tirante el Blanco fué escrito por Juan Martorell, caballero valenciano, quien dice que lo tradujo del inglés, primero al portugués para don Fernando de Portugal, hijo del infante don Alfonso, primer duque de Braganza, habiendo empezado esta obra en 1460; y luego él mismo lo trasladó á la lengua lemosina para que sus paisanos pudiesen disfrutarlo: se ignora quien lo vertió al castellano, en cuyo idioma apareció en 1511, y cuya traduccion es tan rara, que apenas se encuentran ya ejemplares en España.

Amadís y Tirante, nacieron, segun cuentan sus historias, en la Bretaña francesa, si bien el primero era hijo de Perion, rey de una parte de lo que hoy se llama Pais de Gales. Los sucesos de ambos paladines ocurren en Inglaterra y Francia, y nunca pisan la tierra española. Unido esto á que Martorell confiesa haber traducido su obra del inglés, y á la existencia del ejemplar Picardo de Amadís, como asímismo á ser cosa averiguada que los romances caballerescos tuvieron su orígen por la parte Norueste de Francia, ó bien la costa que mira á la Gran Bretaña, todo suministra indicios para creer tambien el orígen extranjero de estas obras; mas por otra parte, sabido es que era costumbre en todos los autores de tales libros el decir que los traducian de manuscritos extranjeros; ninguno colocaba á los personajes en su propio pais, sino en tierra extranjera; y por último, el ejemplo de los Artuses, Lanzarotes y caballeros de la Tabla Redonda, inclinaría á los autores á colocará sus héroes en lo que debió ser para ellos el suelo clásico de la Caballería andante. Todas estas son tambien razones para sostener el orígen español de estas historias.

Como quiera que sea, Amadís de Gaula y Tirante el Blanco, así que por las traducciones castellanas fueron conocidos, hicieron olvidar todas las demas ediciones que habia en otros idiomas, sirvieron de modelo, y han quedado siempre como los mejores libros de su especie. Sin embargo, su suerte ha sido muy distinta. Tirante no ha tenido imitadores: no se le han dado hijos ó descendientes; mientras Amadís es el patriarca de una dilatada familia de caballeros andantes cuyas historias componen un sinnúmero de tomos.

¿Cuál puede ser la razon de esta diferencia? La misma que acaso en tiempos posteriores hiciera dar la preferencia á Tirante: la mayor naturalidad y verosimilitud con que está escrito. Apenas se encuentran en él sucesos descompasados é imposibles: lejos de querer atribuirlo todo á magos y encantadores, como es costumbre en las crónicas caballerescas, los acontecimientos que se refieren pudieron realmente suceder sin salir del curso de las cosas humanas. Lo contrario se vé en Amadís: todo en él es sobrenatural; las hadas, los magos hacen gran papel; los encantamientos se encuentran á cada paso y forman el nudo de la accion. Esto era mas del gusto de aquellos tiempos; pero lo que sobre todo le dió mayor nombradía, fué que el espíritu caballeresco de la época se hallaba reproducido en Amadís con mas

vivos colores. Aquel héroe, á par que esforzado y audaz, tan enamorado, tan tierno, tan rendido, representaba el caballero perfecto. En toda la obra dominan siempre tres ideas, que son: una religiosidad á toda prueba, el valor llevado hasta la temeridad, y la adoracion de las mujeres; y estas tres ideas eran las fundamentales del sistema caballeresco. Así, pues, no hubo hombre bien nacido que no se propusiese á Amadís por modelo en sus acciones; y las mujeres que se veian divinizadas, hubieron de tener gran parte en su inmensa popularidad. Reproduciendo admirablemente las creencias, las costumbres, los deseos de los siglos medios, poetizando, por decirlo asi, su civilizacion, hallaba simpatías en todos los corazones. Lo mismo que parece extravagante y ridículo á nuestra prosáica generacion, se presentaba como heróico, sublime á hombres que vivian en un mundo poético; que no imaginaban ninguna hazaña imposible, porque ellos mismos las ejecutaban todos los dias portentosas; que no se burlaban de hechizos y maravillas, porque estaban en sus creencias; y finalmente, que colocaban la verosimilitud donde nosotros lo absurdo, teniendo por naturales las cosas que nosotros creemos fuera de toda posibilidad.

Un libro de esta especie, tan conforme con las ideas dominantes, debió ser el libro de la época y fortalecer todavía mas aquellas mismas ideas. Su voga fué tan inmensa, que no se concibió ya caballero andante que no perteneciese al linage de Amadís; y si bien la fecundidad con que se dieron á luz libros de Caballería, es portentosa, se conserva siempre el mismo tipo, aunque exagerado, y todos los héroes de las nuevas crónicas caballerescas que por los siglos XVI y XVII inundaron á España y recorrieron toda Europa, se suponen descendientes de aquel héroe modelo, dando orígen á la tercera série de estas obras citadas anteriormente, y que es toda española.

En semejantes imitaciones quedó todavía mas impreso el sello de nuestra nacionalidad, tanto por la gravedad, preponderancia religiosa y hasta monástica de sus formas, como por las ideas devotas, místicas, amorosas, profanas y no pocas veces lascivas que contienen. Muchos Amadises parecen frailes supersticiosos á vueltas de soldados valientes: si como caballeros fácilmente hienden gigantes, destrozan ejércitos, requiebran damas y derriban fortalezas, tambien como santos conjuran los diablos, predican como misioneros, hacen duras penitencias, y asi se familiarizan con los encantamientos como con los milagros. Dedúcese de aquí que si los cuatro primeros libros de Amadís, de dudoso orígen, pudieron tener por principal modelo las crónicas Bretonas, los siguientes, verdaderamente nuestros, se asemejan mucho á las de Carlo-Magno, reasumiendo en sí la imitacion de las dos primeras séries, pero caracterizadas y transformadas en personalidad española.

En otro artículo haremos una reseña de los principales libros de Caballería españoles, y daremos ademas una idea de su mérito literario.

ANTONIO GIL DE ZARATE.

VIAJE MARITIMO

DESDE CADIZ A LA HABANA.

Si debe ó no preferirse un viaje por mar á un viaje por tierra, es problema que cada cual resuelve á su antojo por la sola fórmula de sus instintos é inclinaciones. Tomad el parecer del mayoral de una diligencia y convendreis en que es imposible tenga ley de Dios quien arrostra el furor de los embravecidos vientos y de las revueltas olas. Consultadle á un marinero y le oireis una y mil protestas de que no se aventuraria de noche por cuanto el mundo vale en la espesura de un monte, ni en la encrucijada de un camino. Metédle al primero en un navío de tres puentes y se le figurará que á cada vaiven se vá á pique: acomodadle al segundo en un omnibus y soñará en cada tropezon un vuelco. Y á fé que os equivoqueis si lo atribuis á que alguno de ellos reconozca al miedo por su tutelar y patrono, pues aquel se echa el trabuco á la cara apenas siente en su rededor leve ruido de pasos, y este trepa á la *cofa* y á la *cruceta* y al *tope* en medio de la mas deshecha borrasca: el uno vuelve á colocarse en el pescante aun no bien restablecido de una fractura que le ocasionó la rueda de su coche: el otro se matricula en la tripulacion de un barco, que vá á doblar el cabo de Hornos, sin que haya memoria de los azares de su postrer naufragio. Ambos se familiarizan con los riesgos de su oficio: buscan sus placeres de bahía en bahía ó de posada en posada, y cada cual vive gozoso en su elemento. No cumple en verdad á mi propósito establecer un paralelo entre el carretero y el marino; póngase quien guste de parte del primero, mientras yo describo un viage por mar adhiriéndome en un todo á las ideas del segundo.

Asi como para dirigirse desde la Cibeles á la alameda de Osuna aconseja la razon echar por la puerta de Alcalá y venta del Espíritu Santo, quien vive en lo interior de España debe trasladarse á uno de sus puertos, si piensa dar con su individuo en las Indias de Occidente. Escoje por ejemplo como punto de su tránsito la ciudad de Cádiz; dá muestras de buen gusto porque allí mora el hombre entre delicias y pasan fugaces las horas; pero si ya mermado su peculio por haber satisfecho el flete en cámara de popa, transcurren dos meses antes de que el barco de su eleccion se haga á la vela, es probable le sorprenda el *tiro de leva*, cuando su bolsa esté próxima á exhalar el último aliento. Todavía puede acaecerle otro percance de mas bulto, porque si en el momento del embarque llega el muelle media hora despues de salir el buque de bahía, de seguro le acomete algun patron que ponderándole los prodigios de su henchida lona y de sus flexibles remos, le obliga á meterse en su falucho. Envuelto asi en la red que tiende la gente de mar á todo neófito, nada se dice de ajuste hasta haber doblado la punta de San Felipe. Entonces se descubre el barco *en facha*: sustenta el patron con singular aplomo que va haciendo siete millas por hora: serpentea su falucho al surcar las primeras olas del Atlántico: lo atribuye á lo fuerte de la marea; y se mantiene siempre á igual distancia del punto apetecido. Triste presa de ruin codicia se desprende el paciente de las tres cuartas partes de su dinero: en señal de que acepta su sacrificio enarbola el patron en el palo de su falucho una faja de estambre: llega á bordo el infeliz pasajero despues de tan rudos azares: averigua que el barco no ha hecho sino ponerse *en franquia*, aprovechándose de la brisa de la mañana; y se apercibe de que ha caido en manos de piratas á lo largo de un cable de la costa. Si alguno de mis lectores se ha encontrado en tan duro trance el 29 de agosto de 1838, él y yo hemos sido víctimas del mismo accidente en el propio dia.

Poco gratos son los primeros instantes de una navegacion: obstruyen el paso los baules y sacos de noche esparcidos sobre cubierta: desvanecen la vista los balances del barco y el contínuo movimiento que allí se nota: solo percibe el olfato los vapores nada suaves de la brea; atúrdenle al mas sordo la voz de mando del capitan, el pito del contramaestre, que la transmite, regularizando asi la maniobra como un corneta las operaciones de una guerrilla, y el lúgubre y mónotono canto que entonan los marineros mientras, asidos á *la braza*, ejecutan las órdenes de sus jefes. Tan desagradable conjunto produce el mareo, que asalta casi todas las cabezas, y las náuseas, que establecen sus reales en casi todos los estómagos. Quien se embarca por la vez primera, á semejanza del que recibe el bautismo del fuego en lo recio de una escaramuza, vé caer uno á uno á muchos de sus compañeros y aguarda su turno entre zozobras. Tal era mi situacion ni mas ni menos cuando vibró sonora una campana, pendiente sobre la *bitácora* en señal de que habia llegado la hora del almuerzo, y ostentando mas ánimo del que realmente me asistia fuí uno de los pocos que se dieron por entendidos. Rodaba en torno mio la cámara toda: si hablé lo hice con voz balbuciente: si anduve fué con incierto paso: iba declinando por minutos la firmeza de mi cerebro. Como á *remolque* eché algo de *lastre* á mi estómago, lo *baldeé* con dos vasos de lo tinto, y me confortó de tal manera que ya no temí los estragos de una enfermedad á que tenia tan fácil remedio. Por fortuna solo sentí desde entonces lo que se designa á bordo con el nombre de *mareo de dientes*. Otra vez sobre cubierta, tendí mis ojos por la superficie del mar que rizaba apenas en ondas de blanca espuma leve ráfaga de viento; encantándome tan hermosa perspectiva, hasta el punto de envidiar á un antiguo dux de Venecia, solo porque con el mar celebraba sus bodas; y á fé que si hubiera sido yo posesor de un anillo lo hubiera depositado en el fondo del Océano, parodiando asi la ceremonia del *Bucentauro* desde la corbeta *Asia* (a) *Ica*.

Alejabámonos lentamente de la ciudad de Cádiz, que ofrecia á nuestras miradas el lienzo de su poderoso muro y la extension de su graciosa alameda: nos despedíamos de esa ciudad que desde la torre Tavira parece, segun Dumas, un navio pronto á hacerse á la vela y sujeto á tierra por una cinta, sirviéndole de nudo el puente Zuazo: de esa ciudad pulcra y reluciente como una *tacita de plata*: de esa ciudad en fin que con sus torres y azoteas, sus techos iguales y sus proporcionadas cúpulas, tiene bastante semejanza con un juego de ajedrez, cuando se contempla desde mar adentro; y adquiere alternativamente, segun es mayor la distancia, diversas y fantásticas formas, apareciendo ya como una isla pintoresca que flota en el espacio, ya como una vaporosa nube que se disipa en el azul del horizonte. Aun la distinguiamos á veces como la vela de nave lejana, ó como un punto vago entre el movedizo cristal de las aguas, y ya buscábamos anhelantes por la proa el pico de Trafalgar, que en dia bien aciago por cierto fué mudo testigo de la última gloria de la marina española. Teñíase en tanto la atmósfera con los opacos fulgores del crepúsculo, y, ciñendo la noche con su tupida gasa nuestro barco, ocultó á la vista todo objeto; inspirando á la mente tristes imágenes el doloroso espectáculo de aquel desierto mar, que ola tras ola iba á besar el pié de las columnas de Hércules, sin acariciar con favorable empuje la popa de un solo navio. Entonces dirigí mi último adios al orgulloso pueblo donde se alzáran, y no pude menos de repetir con uno de nuestros poetas contemporáneos;

> Otro tiempo feliz tu blanda orilla
> tocó, preñada de opulencia y oro,
> de cien bajeles la espumante quilla.

Tal vez haya quien al embarcarse cuente por sobresaltos las horas de sus sueños. Por lo que á mí toca, arrullado por el viento en armonioso compás como entre el flexible tejido de muelle hamaca, dormí con el mismo sosiego que en los apacibles años de mi edad florida.

Eran muchos mis compañeros de viaje: habíalos entre ellos marinos que, cansados de contar meses en la Península sin traerles el bálsamo consolador de sus pagas, obtenian por singular merced el permiso de trasladarse á la capital de las Antillas, donde todo empleado toma sus haberes á toca teja: habíalos mancebos imberbes, lanzándose impávidos á conquistar la fortuna, ó el vellocino de oro como los primeros argonautas: contábanse no pocos que volvian á sus hogares despues de haber dado un paseo por Europa; y algunos que, arrojados de su pátria, iban al empório de todas las riquezas á comer el amargo pan del destierro. No parece fuera de propósito bosquejar con toda la rapidez posible al presidente de aquella república ó al monarca de aquel reino, como mas os plazca. Rayaba nuestro capitan en medio siglo, aunque mucho lo disimulasen la viveza de sus garzos ojos, la robustez pintada con vivos rasgos en su tostado rostro, lo erguido de su frente, y lo airoso de su estatura mas que mediana. Tenia por costumbre dar razon de su patria, su nombre y su apellido en estilo enigmático, en son de charada. «Soy compatriota, decia, del que descubrió las vastas regiones hácia donde hacemos rumbo: cae mi santo el dia en que han solido abrirse las cátedras de todas las universidades de España: mi apellido es el del cantor de Godofredo y de Ricardo de Tolosa, de Reinaldo y de Armida.» Bebia por azumbres y hablaba como chalan de oficio, sin faltarle nunca buen repuesto de hirviente saliva, que si bien se mecia con frecuencia entre sus movibles labios, rara vez salpicaba á los mártires de aquella sempiterna charla, que para hacerse apetecible no le faltaba sino ser amena. Reducido por extremo era el círculo en que jiraba: escasos los puntos que recorria: todo su caudal se limitaba á tres ó cuatro sucesos. Figuraba en primer término la lucha del tiburon y el pez espada, de la que decia haber sido testigo, y en la que casi siempre sale aquel vencido, pues como necesita volverse para hacer presa á flor de agua por la extraña forma de su mandíbula inferior, le sorprende el otro con lijero salto y cae sobre él perpendicularmente, barrenándole las entrañas con la

afilada punta de su temible arma. No omitia en la relacion de un viaje que hizo á Lima la circunstancia de haber tenido que apalear sobre cubierta la nieve que descendia en abundantes y crecidos copos al rebasar *la Isla de Fuego*. Solia recitar de sobremesa largos trozos de la *Henriada* de Voltaire; dando muestras de felicísima memoria con saber todo el poema como un chico de la escuela el Padre nuestro. Hábil por demas en náutica hubo de salirnos caro mas de una vez su deseo de hacer en pocas horas mucho camino; y como su buque, pesado como el plomo, ó de *cuatro proas*, segun el tecnicismo burlesco de la marinería, era un obstáculo insuperable á la propension del primer piloto, aspiraba á vencerlo desplegando todo el velámen lo mismo al vago soplo de las ventolinas que al tremendo ímpetu de los huracanes. Hallábamonos antes de cumplirse siete *singladuras* enfrente, aunque no á la vista de la escelsa cumbre del *Teide*, cuando hendia el barco las quietas olas suelto todo el trapo como de costumbre, y estuvo á punto de *dormirse*, embestido por una horrorosa *racha* de viento, que vino oculta entre las sombras de la noche. Lo que no habia hecho la precaucion lo hizo la diligencia, y el peligro pasó pronto. A la mañana del siguiente dia ya surcábamos el *golfo de las Damas*; y seguro de que en mucho tiempo no habia de descubrirse tierra, contemplé estático una y mil veces las vastas soledades del Occéano. Confieso que las descripciones narradas ó leidas de una tormenta ó de un naufragio me habian hecho temer el momento de hallarme entre cielo y agua, y lo tuve hasta entonces por una de las perspectivas mas desconsoladoras. Salí por fortuna del error en que habia vivido, y admiré el grandioso espectáculo que brinda á los ojos la inmensa extension del mar ya tendido en calma y diáfana su superficie como el cristal de un espejo, ya agitado y enhiestas sus olas como enormes y movedizas montañas. Desde el centro del inmenso círculo, cuya circunferencia trazan los anchos horizontes, siempre lejanos y á la vista siempre cual las menguadas dichas que soñamos sin que las toquemos nunca, se recrea el ánimo, cuando del seno de las aguas brota el sol en chispas de oro, y cuando al término de su gloriosa carrera se esconde entre grupos de caprichosas nubes, que mienten á la fantasía, avara de ilusiones, ya la mole de almenado castillo, ya la arcada de macizo puente, ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la gótica fachada de ruinoso templo. Magnífica de encantos desciende la noche sobre el navegante, ya se ostente tranquila con su fulgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba, ó rasga á deshora el resplandor de la luna, alzándose encendida de las tinieblas, y mostrando su disco, que empañan densos vapores, como el cráter de un volcan henchido de caliente lava. Amenizan el silencio nocturno la luz fosfórica, nacida del choque de las olas al estrellarse en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido que forma la proa, abriéndose camino entre las aguas, semejante al fragor de frondoso bosque herido por el viento, ó al estrépito de impetuosa catarata, quebrantándose de roca en roca.

Aun cuando se multiplican de contínuo los prodigios de la naturaleza, asi en el mar como en tierra firme, es el hastío calamidad inherente á toda navegacion larga: por eso llegan á ser á bordo objetos de singular distraccion algunas hebritas de menuda yerba flotantes sobre el agua, el vuelo de un pájaro perdido en los aires, la pesca de algun *dorado*, que muerde incauto el anzuelo, tendido por la popa, y la vista de alguna ola que aborda al barco en lo mas furioso de su empuje, se alza rebelde, cae deshecha no en gotas sino en caños sobre algun pasagero, y si este vá á proa le rodea la chusma y le aturde con frenética algazara mientras le limpia lo que llama el *polvo del camino*.

Antes de pasar la línea equinoccial tuve ocasion de conocer, que cuando para ponderar el próspero viaje de un barco se dice que *vá viento en popa*, hay mas belleza que exactitud en la frase; porque cuando de la popa sopla el viento lo que cogen las velas del palo *mesana* se lo roban á las del *palo mayor*, sin que un solo átomo les quede á las del *bauprés* y el *trinquete*, ocasionando ademas de *babor á estribor* fuerte é incómodo balance. Es mil veces preferible el viento que sopla de soslayo y del cual toman todas las velas: asi hace el buque mas número de millas y se pasea uno por la cubierta con la misma seguridad y firmeza que por los salones de un palacio. Afortunadamente pocos dias tuvimos viento *en popa* tomada esta voz en su sentido rigoroso: siempre fuimos de *bolina* ó á *un largo*; si se exceptua alguna *calma chicha* que vino á abrumarnos, y es mas enojosa para mi que el mas crudo de los temporales.

No se nos apareció al paso del trópico el dios Neptuno vestido á la turca exigiéndonos el tributo de costumbre como invasores de sus dominios: ni es ya comun la representacion de semejante farsa, con tanta exactitud descrita en el melodrama de *la Medusa*, á bordo de los buques destinados al trasporte de pasajeros: va caducando esa fiesta y convirtiéndose poco á poco la contribucion en donativo.

Costeamos la isla de Santo Domingo; de esa república cuyos cimientos se amasaron con sangre, y sirve hoy de privilegiada mansion á la indolencia; descubrimos la cima del *Monte Cristi*; y de un dia á otro debiamos embocar por el canal de Bahama, dejando ya á la popa la punta *Maisi*, extremo oriental de la isla de Cuba. Aquí entra la parte mas dolorosa de mi viaje.

Habia transcurrido un mes cabal desde que abandonamos las playas andaluzas, y quisimos celebrar el santo de un general de marina ya anciano y achacoso, á quien contábamos entre el número de los pasajeros. Desde muy temprano radió el sol de los trópicos en la bandera española, desplegada al viento: hubo música y versos y baile y sobre todo un espléndido banquete que pudo ser el postrero de nuestra vida. Se prolongó hasta la caida de la tarde: nuestro capitan bebió como siempre; habló como nunca: subimos á cubierta entre dos luces: entre veinte debia hallarse el capitan segun el empeño con que sostuvo contra la opinion de todos que distinguia desde la *cofa* el *Cayo Romano*, y que no habia sino meterse en el canal á todo trance. Vanas fueron las súplicas de las mujeres, inútiles los consejos de los marinos para que se mantuviese *á la capa* hasta el próximo dia: firme en su propósito á todos les tapó la boca diciéndoles que para seguir su rumbo le era la estrella del norte seguro faro. Hubimos de someternos á su irrevocable antojo, sin que hiciera mella en su ánimo ni le apartára de su temeridad el inminente riesgo á que exponia la existencia de ciento nueve personas.

Haciamos siete millas por hora, y aun no habia pasado media despues de apurar en el festin la última copa de Champaña, cuando le pareció al piloto que á lo lejos se tornaban mas blanquecinas las olas: lo atribuyó el capitan al reflejo de la luna. Segun avanzábamos adquiria mayor fuerza la observacion del piloto: mandó al fin su jefe que se echára el *escandallo*. «¡*Cuatro Brazas*!» cantó un marinero; y se apoderó mortal susto de todos los corazones «¡*Orza*!» gritó la voz de mando: hízolo el *timonel* diligente. Angustiosos hasta lo sumo fueron aquellos instantes: dos minutos despues habia *barado* el buque y todo fué á bordo confusion y espanto. Desagradabilísimo efecto le produce al que vá en carruaje pasar de repente á un pedregal desde un sitio arenoso: imagínese cuan dolorosa será la mudanza que se experimenta al encontrarse atollado entre piedras, un momento despues de verse mecido por el blando movimiento de las aguas.

Estériles fueron todos los afanes dirigidos á salir por donde habiamos entrado. Saltó el piloto á una lancha con seis marineros, y, con grave peligro de zozobrar por ser superior á la fuerza de los remos el ímpetu de las corrientes, volvió á bordo con la alentadora noticia de que por la proa y á lo largo de un cable habia cinco brazas de fondo; nos hallábamos en dos y media. Se habló de *alijar* el buque, de echar abajo los masteleros: se proyectó mucho y se hizo poco, porque al capitan le vimos atortolado en su camarote con una estampa de la vígen del Carmen en la mano izquierda, y con la derecha sobre el mapa; y la marinería aprovechándose de la ocasion entró á saco la bodega, y dió á la embriaguez y al sueño las horas que requerian actividad y trabajo so pena de muerte.

En la cámara de popa no se oian si no ayes y lamentos y devotas promesas: algunos mas audaces maldecian del que nos habia arrastrado á tal conflicto: otros hacian provision de galleta creyendo próximo el instante de buscar salvacion en un esquife. Cada golpe de la crujiente oscilacion del barco penetraba en el corazon cual si lo taladrase un clavo hecho ascua. ¡Oh es imponderable todo el horror de tan dilatada agonia!

Siempre asoma la aurora rica de esperanzas para el que padece: acaso es la ansiedad madre de todos los delirios, por eso creimos distinguir una luz artificial en la estrella matutina, y la vela de un barco, que venia en nuestro auxilio, en lo que reconocimos mas tarde por el *Cayo-Lobos* distante de nosotros unas nueve millas; de este modo averiguamos que entre la *punta de Maternillo* y la *punta del Diamante*, y en el sitio denominado *Lavandera de las Múcaras*, nos habia ocurrido aquel triste suceso.

Se le encomendó al piloto el mando del buque, adoptáronse oportunas disposiciones, y todos sin excepcion ninguna contribuimos á ponerlas por obra. Arrojamos al mar mucha parte del cargamento, nos quedamos con agua para seis dias, y se hizo una balsa, que debia llevar á remolque la única lancha servible, con sus correspondientes remeros, salvándose primero en ella mujeres, ancianos y niños, si no conseguiamos que flotára el barco antes de las seis de la

tarde, hora en que comenzaría á bajar la marea. Por fortuna galardonó el cielo nuestras fatigas; con un *anclote* á la proa y un *calabrote* de que *halamos* todos al compás de la *saloma* conseguimos salir libres de tan horroroso peligro: eran las cinco de la tarde cuando se *arrió* la bandera que estuvo puesta al *morron* todo el dia en señal de socorro.

Cruzamos despues no yá el canal, sino el *banco de Bahama*; y desde entonces no experimentamos contratiempo alguno, á no ser que se cuenten por tales, fugitivos chubascos ó pasageras turbonadas que se disipan en anchas gotas de espesa lluvia. Estas turbonadas las vé venir de lejos el marinero mas tozudo; dan tiempo para *arriar sobres* y *juanetes* y *tomar rizos á las gavias*: sufre el buque unos cuantos vaivenes por cada arremetida del viento, y en pocos instantes se sale del paso.

No hay placer que se iguale al de divisar la tierra prometida despues de una navegacion y especialmente si ha sido azarosa: los pasageros de *la Ica* gozamos de tan inefable ventura el dia 4 de octubre, pues amanecimos á la vista de la magestuosa cumbre del *Pan de Matanzas*. Todo era animacion y vida en aquella risueña costa guarnecida de bosques de palmas y de ceibas, entre cuyo ramaje fabrican sus nidos el *sunsun* y el *tocoloro*, y á cuyo pie crecen el fecundo *cafeto*, la dulce *caña*, el suave *anon* y la jugosa *piña*. Hendian aquellas aguas bajeles con pabellones de todos los paises que concurren con toda clase de mercancías á uno de los mas notables puertos de América.

Ebrios los sentidos con tan maravillosa perspectiva corrieron fugaces para nosotros las primeras horas de la mañana; vimos resplandecer el sol de mediodia sobre la gigante almena del *Morro*, ocultándonos su inmensa mole el célebre pueblo de la Habana como oculta tosco lienzo la mas hermosa pintura: ni descubrimos la ciudad siempre fidelísima hasta que á las tres de la tarde entramos por la boca de su puerto que custodian como austéros guardianes el *Morro* y la *Punta*.

Aquella bahía es un espeso bosque de mástiles: desde allí con sus edificios de un solo piso, y sus balcones sin cristales, parece la Habana un hospital de convalecientes. En su recinto moran en constante armonia el genio de la hospitalidad y el espíritu del comercio: la esclavitud es el cáncer que roe el seno de la vírgen de los trópicos, por mas que se ostente envuelta en su ropaje de escarlata y oro.

Faltábame tiempo para saltar en tierra, como si allí alguien me aguardase: bebí café de lo puro y legítimo rom de Jamaica: fumé de lo habano, y visité con el mayor sosiego en la catedral el sepulcro de Cristobal Colon, sin saber á punto fijo cual seria mi albergue aquella noche.

A. F. DEL RIO.

UNA SEMANA EN MADRID.

ARTICULO CUARTO.

JUEVES.

Quéjanse sin razon, y lo probaré incontinenti, ciertas personas, escapadas del siglo anterior, so pretesto de entregar las llaves al nuestro; quéjanse, repito, de la poca aprension y mucho descaro con que los jóvenes del dia hablan de todo, como si todo lo entendieran y creen saber mucho sin haber aprendido nada. Pero aquellos sabios de la choquezuela dorada, no saben la diferencia que hay de nuestros tiempos á los suyos, porque ignorando la existencia de esas magníficas *bibliotecas populares para la instruccion universal* desconocen los efectos del saludable é infalible específico, contra la ignorancia; que encierran esos tomitos de á 100 páginas en 16.°; y no sirve comparar esos abortos del siglo XIX con la librería de carton que hizo Iriarte en su *Ricote erudito*, porque si esta sirvió para enseñar la existencia de una cosa llamada *historia* ó de otra que (con respeto de D. B. S. C.) se llama *Arqueología*, los tomitos en cuestion tienen una mision mas elevada y ellos solos bastan... para engreir á cuatro necios, prostituyendo las voces técnicas de muchas facultades. Cuando los señores del siglo pasado vinieron al mundo era preciso hojear veinte tomos (diez dias lo menos) del *Mariana* para saber que Sisebuto entró á reinar el año de 612 y murió el de 621; en la actualidad es suficiente dar una vuelta á la glorieta del Real Palacio, para saber de memoria tantos reyes y tantas fechas, como pedestales tienen las estátuas que hay en ella. Por cierto que (vaya una digresion sin ejemplar): los que dicen que las tales estátuas están mejor en una plazuela, á piso bajo que allá en las cuevas, donde por lo menos no asustaban, serian capaces de creer que un telon de teatro estaria bien en un cuadro de una sala. Esto, sin embargo, hace á mi propósito, porque siendo hoy *jueves*, para mis lectores y no habiendo escuela por la tarde, claro es que en la plazuela de Oriente han de jugar los chicos al peon estudiando efemérides en los pedestales citados, y riéndose al mismo tiempo de aquellos gigantones que enseñando fechas históricas con los pies y asustando con la cabeza, cumplen el *ridendo corrigo* de los teatros romanos.

Aqui preveo yo que al lector le irá faltando la paciencia, porque viéndome empezar este artículo en el punto y hora en que debiera concluirle, dirá que no hay razon para robarle de ese modo la mañana del jueves; y á fé mia que si tal dice no dice bien. Cabalmente lo único que me sobra es conciencia, y si no me parece bien que los chicos hagan fiesta los jueves por la tarde, tengo por un delito escolástico mas grave, que los estudiantes de ciencias mayores, hagan *satis* los jueves por todo el dia. Y no por otra razon he puesto aquellos epígrafes enciclopédicos característicos y oportunos á los artículos anteriores: á imitacion del *lunes y martes los santos mártires, miércoles y jueves los santos reyes*, tengo otro que dice: *viernes y sabado San Felipe y Santiago*, reservado para cuando llegue la ocasion. Todos ellos (en mayor escala se entiende) son sinónimos del diario que cantan los zapateros cuando dicen: «lunes, galbana; martes, mala gana; miércoles, tormenta; jueves, mala venta; viernes, miseria y sabado trabajar de prisa para ir el domingo á la comedia.» (*suplex* casera; pero no venia bien el consonante,)

Pero sea de toda esa holgazaneria lo que quieran las consecuencias, que no será nada bueno, lo cierto es que mientras ha pasado este prologuito ha ido entrando el dia y que ya se nota cierto movimiento en los cuartos de patio y en las boardillas, como si pensasen salir las personas que en ellas viven á ver si viven ó mueren los enfermos que tienen en el hospital general y á quienes pueden visitar esos dias de nueve á once por la mañana y de tres á cinco por la tarde. Yo

bien quisiera puesto que estamos de sobre aviso, salir al encuentro de aquella esposa que con la mejor intencion del mundo y á despecho de los practicantes del hospital, lleva el veneno á su desgraciado esposo que cual si tuviese poca pena con las tercianas, sufre ademas el cólico, que le ocasiona la ensalada de pepinos que le confecciona en un *santiamen*, su cara mitad. Pero puesto que es dificil convencer á esas almas caritativas de su error, y que es imposible hacerlas creer que aquello que llaman *soliman* es sustancia de arroz, y que si el pepino no es *sublimado corrosivo* no es tampoco un *bálsamo de vida* como ellos dicen, pasemos á otro punto y dejemos al vulgo creyendo que el pepino con cáscara es mas provechoso que sin ella.

Salimos del hospital á marchas dobles y no por miedo á las tercianas idem, sino porque aquellos bizcochos de contrabando y aquella botellita de lo tinto que lleva oculto bajo el delantal la novia del recluta que descansa en la cama número 7 de la sala de san Juan de Dios, *tóo asio mercao* aquella mañana de manera *ca dengun cristiano* limporta. A la chica le dió *la rial gana* de llevar á *Peñaranda las arracás que le trujo su Pepe cuando jué á las jronteras del Portugal*, y para eso está abierto el monte de piedad los martes, *jueves* y sábados; sin que esto sea decir que se cierre para otras cosas que no nos cumple referir por lo poco que ellas cumplen con las obligaciones que debiera cumplir tan benéfica institucion.

Pero una vez que ya estamos á mitad de dia y á poco mas de artículo, preciso es que demos una vuelta por la calle del Avapies, para ver ese mercado de caballerias mayores y menores que tiene lugar los jueves en ese sitio, y que no habiendo podido copiar aun nuestro grabador, tendrá cabida otro dia en las columnas del LABERINTO. En pago de esta tardanza, le multaré yo con la contribucion de la *cuatro-pea* que se paga en dicho mercado, en el instante solemne de cambiar de dueño algun cuadrúpedo de los que con mataduras ó sin ellas forman la feria semanal de que hablamos. La estudiantina suele correr las calles de Madrid, todos los jueves, con preferencia á cualquier otro dia, pretendiendo probar asi que son estudiantes algo mas que en el trage, y que solo en la temporada de vacaciones tienen libres todos los dias, para decir desvergüenzas á todas las muchachas, bufonadas á todas las viejas y sandeces á cuantos pillan, por sospechosos de liberales, para sacarles el dinero, y he calificado asi las mal llamadas gracias de los estudiantes de la tuna, porque he tenido la desgracia de no encontrar chiste en ninguna de ellas.

No sé yo hasta que punto tendré licencia de mis lectores para interpretar los epígrafes de estos artículos, ó que clase de licencias permitirá á los prosistas el *pictoribus adque poetis*....de Horacio; pero creo que no está fuera de razon darles algunas noticias sobre los jueves mas notables del año, sobre todo si lo hago en verso; y mejor aun si ese verso no es mio por ser de aquellos refranes incluseros que se encuentra uno en la memoria sin saber como ni cuando, y que vierte «á tontas y á locas» (sin que esto sea alusion personal, lectores de mi alma) como, por ejemplo:

Tres jueves hay en el año
que relumbran mas que el sol,
Jueves Santo, Corpus Christi
y el dia de la Ascension.

Efectivamente tres son las festividades, de inamovilidad incuestionable, que toman por su cuenta tres jueves del año, sin que haya fuerzas humanas que las puedan hacer parar en ningun otro dia de la semana. Cuéntase de un *almanaquero* (pero trae fecha muy remota) que por equivocacion ó por medida reaccionaria, las colocó en viernes las tres, y sin embargo todo cristiano lo juzgó error de imprenta, excepto alguna que otra santurrona, que acudió á la inquisicion con una instancia, sobre cierta clase de carbon animal, que queria obtener con los huesos de aquel judío. Yo puedo asegurar que en toda mi vida (aqui vendria bien decir los años que tengo) ó se han sorteado los jueves para esas solemnidades, ó ellas como minoria, han echado suertes entre los jueves, dejando desairados los demás dias de la semana.

Por mi parte no habria ningun inconveniente en decir algo de esas fiestas; pero el deseo de no fastidiar á mis lectores, los limites del artículo y la necesidad de ahorrar si miente, me obliga á reservar ese material para otra ocasion en que tratando de la polilla y de los trapitos de cristianar que guardan las gentes para esas solemnidades, diré que en general la ropa que sale á la calle el dia de la Ascencion, despues de haber servido el Jueves Santo, no vuelve á servir hasta el Corpus Christi. Y no se me arguya con las diferencias de las estaciones; porque me veré obligado á decir que en esos dias no hay dolores de costado, ni pulmonías, y que si por desgracia sucede lo uno y lo otro no hay mas re-

medio que sufrir la mecha. La gente se ha de ver en las ocasiones y no por miedo á la muerte se ha de salir de capa el Jueves Santo, ó sin pantalon blanco el dia del Corpus; ambas cosas son de rigor y cuando una cosa es de rigor!... cuando una es de rigor!... repito; no hay sino cumplirla rigorosamente.

Los jueves suele suceder tambien que cada cual come (si tiene de qué) á la hora que le acomoda; pero como esto ocurre todos los dias, no creo prudente detenerme en hablar de ello, pues tal podia ser la pintura que afilase la tijera de algun gastrónomo, y yo no quiero dar tentaciones á nadie ni provocar asaltos á las despensas del prójimo; mucho mas si este prójimo aquien aludo, es hijo de familia y en vez de aprovechar la tarde del jueves en dar lecciones prácticas del equilibrio de los cuerpos, enseñando leyes de gravedad específica á las costillas del pobre señor que ocupa el

estremo del banco donde el chico se sienta, se entusiasma de tal modo con nuestras descripciones que *pasa á marfil* (metáfora por masticar) todo el repuesto de la despensa. Y esto nos obligaria á decir algo del célebre *jueves gordo*, si no temiéramos una reclamacion del *jueves de compadres* á instancia del de *comadres*, que teniendo todos el mismo derecho para ser tratados de igual manera, los tres quedan como estan en la temporada de carnes-tolendas ó carnes manducadas; y ambas palabras son propias para hablar de unos dias en que todo se vuelve meriendas y comilonas. Y aquí mismo si el dibujante está de humor os presentará un hijo del carnabal, acompañado de otro,

perfil de cuerpo humano que si tuviera algo mas que espinas seria contrabando en cuaresma.

En fin, señores, esto se va acabando por consuncion, y yo antes que Vds. se retiren á sus casas y pierdan el tiempo en ponerse decentitos para asistir al Liceo, les suplico que no se incomoden porque este jueves no hay sesion por la misma causa que dejó de haberla el anterior, y casi por el mismo motivo que no la habrá el venidero. Dirán Vds. que antiguamente habia sesion todos los jueves del año; tienen Vds. mucha razon; pero ahora se ha cambiado de rumbo: una comedia (caserita) todos los meses y *laus deo*; el que no lo quiera así que lo deje; á fe que antes se pagaba un duro al mes y ahora se pagan veinte reales mensuales. Pero no os asusteis por eso, carísimas lectoras! tenemos una infinidad de tertulias adonde pasar la noche del jueves, sin echar de menos los elegantes salones del palacio de Villahermosa. Venid conmigo á la aristocrática sociedad de la marquesa de P.... á embellecer con vuestra presencia la reunion de las señoritas de Z... seguras de que si os desagradan esas dos *soires* (con nombre gabacho y todo) aun teneis un recurso; aun os queda un medio de salvacion. Llegad á mi casa á consolarme de las fatigas que me ha costado escribir este artículo.

ANTONIO FLORES ELGOIBAR.

La Glorieta de Palacio.

En los felices tiempos del reinado de Felipe IV, cuando las armas españolas vencedoras en ambos hemisferios decidian de los destinos del mundo, no solo atendia el gobierno al cuidado de los negocios públicos, sino que tambien velaba con particular esmero por el progreso de las artes y letras. Los mas célebres poetas, los mas hábiles pintores, los mas famosos arquitectos y escultores, venian á la capital de España á tributar sus servicios á un monarca que tan bien sabia galardonarles con dádivas generosas y con elogios merecidos. Parecia que todo cuanto encerraba el universo para embellecer una corte se habia reunido y amontonado en la de Madrid, centro de delicias y de placer y admiracion de propios y de extraños.

Heredero Felipe IV de las inmarcesibles glorias y de las dilatadas conquistas de Carlos I y de Felipe II, trocó la marcial corte de aquel y la triste y austéra de este por la corte de los festines. El atambor guerrero, el bullicioso ruido de los escuadrones, la pompa militar eran siempre inseparables de la vivienda de Carlos I hasta que cambió la púrpura imperial por el cilicio religioso; el silencio, la soledad iban siempre unidos á la morada de Felipe II. Su tétrico corazon no se acomodaba mas que al aislamiento, y no respiraba gozoso sino cuando se hallaba en aquel grandioso monasterio que atravesando los siglos llevará á la mas remota posteridad su gran nombre y su alma macilenta y sombría.

Felipe IV amaba por el contrario la alegría y el placer, y en su palacio se encontraba cuanto á ello podia contribuir. Esto era debido en gran parte al constante afan que siempre mostraba de distraer al monarca don Gaspar de Guzman, que fué despues conde-duque de Olivares, por el poderoso valimiento que tuvo con el rey durante muchos años y que no supo conservar por la grande ambicion que le dominaba, que hizo enemigos suyos á los hombres de mas valía del pais; por la torpe política que siguió en el gobierno atrayéndose la odiosidad de los extranjeros, por su altiva vanidad que causó la animadversion de la reina y de la corte, por su ciego empeño de dominarlo todo con el despotismo y la arbitrariedad que fomentó en España las disensiones civiles y la hizo perder el prestigio que entre todas las naciones de Europa habia tenido largo tiempo; causas todas que le llevaron á pasar sus últimos dias en la estrecha y mezquina aldea de Loeches.

Fundado por los consejos de este valido el sitio del Buen-Retiro, y hecho perpetua morada de la real familia, se engalanó con las mejores obras de los mas esclarecidos artistas españoles y extranjeros. Merecia el primer lugar entre todas ellas, la estátua ecuestre del monarca situada en uno de los jardines mas apartados del régio alcazar.

Cristina de Lorena duquesa de Toscana, deseosa de hacer un regalo á Felipe IV que fuese digno de tan gran rey, encargó esta obra á Pedro Taca, célebre escultor florentino, que se propuso trasladar en el bronce el retrato que habia hecho del monarca á caballo el famoso Velazquez.

La posicion que el caballo tenia en el cuadro persuadió á todos los hábiles profesores de aquella época de que era imposible copiarla exactamente, porque estando al galope ó de corbeta necesitaba apoyarse toda la estátua en el reducido trecho de dos pies, cosa dificilísima en extremo, habiendo de pesar de setecientas á ochocientas arrobas. Sin embargo, el genio del artista superó todas las dificultades, y llegó á concluir una obra que á no verla se habria creido inverosimil.

La compuso de dos trozos á excepcion de las piernas y de los brazos, el uno de la cola del caballo á la cincha, el otro de la cincha á la cabeza; formó macizas las piernas y siguió despues disminuyendo los gruesos para lograr el equilibrio, resultando por último que pesase toda la estátua diez y ocho mil libras. Su altura es de diez y ocho pies y medio, y su longitud desde la cola hasta la parte mas saliente de los brazos del caballo, de doce pies: el pié del ginete tiene veinte y dos pulgadas de largo; el cetro que lleva en la diestra de cuatro pies y medio y la espada de siete. Estriba toda la máquina del caballo y ginete sobre los tres puntos de apoyo que forman los dos pies y la cola del caballo, que asientan en los ángulos de un rombo formado por cuatro barretas de bronce de siete pulgadas de ancho y cuatro de espesor, las diagonales de este rombo tienen, una cinco pies y medio y la otra seis y medio. Dentro de este paralelógramo viene á caer el centro de gravedad de la estátua, y en esto consiste todo el artificio de la reparticion de los pesos de sus diferentes partes para que se halle equilibrada en la sorprendente y maravillosa actitud que la dió su autor. Está tan completamente satisfecha esta condicion que no fué necesario sujetar el caballo al pedestal con los barrotes verticales de hierro que aseguran á otros que parece que los necesitan menos por hallarse en actitud de paseo y no de corbeta, y que tambien se encontraron al levantar la estàtua del humilde pedestal en que estaba, puestos sin duda por la ignorancia del arquitecto que no conoció que construida conforme á las leyes de la mecánica tiene en sí misma la causa de una estabilidad mas duradera que la que podian darle las escarpias con que creia asegurarla.

Esta magnífica obra, es la parte principal de la *glorieta* situada en la plaza de Oriente, que nos proponemos describir. La belleza de sus formas, la perfeccion con que están concluidos hasta sus mas pequeños é insignificantes detalles, la hacen única en su género en España y aun en toda Europa. Desde cualquier lado que se mire, á cualquier distancia que se contemple se observa un caballo lanzado al galope, y los absortos ojos esperan á cada instante verle descansar sus airosos brazos en el robusto pedestal que le sustenta.

Trasladada de uno de los jardines del sitio del Buen-Retiro hasta la plaza de Oriente en el corto espacio de tres horas, cuando en París se tardaron tres dias y medio en trasportar desde el arrabal *du Roule* hasta la plaza de Luis XV, la estátua de aquel rey, cuyas dimensiones eran poco mayores que de esta, se podrá conocer la habilidad que ha desplegado para ello el ingeniero director de esta obra, don Juan de Rivera y sus dignos compañeros.

Está colocada la estátua en el centro de la *glorieta* sostenida por un pedestal, en cuyos frentes se pondrán lápidas de marmol con inscripciones, y en los costados bajos relieves que representan el uno á Felipe IV, condecorando á Velazquez con la cruz de Santiago, y el otro una alegoría alusiva á la proteccion que dispensó aquel monarca á las artes y á las letras.

En los frentes del monumento hay dos fuentes formadas de tazas ó conchas y sobre cada una de ellas se colocará la estátua de un rio simbolizado por un anciano desnudo, vertiendo agua de una urna. Dichas estátuas son de piedra blanca de Colmenar. En los cuatro ángulos hay cuatro pedestales con otros tantos leones de bronce de gran magnitud. Estas obras han sido encargadas á los escultores de la Real casa don Francisco Elías y D. José de Tomás.

En derredor del monumento se ha formado un bonito jardin habiendo presidido el mayor gusto y acierto en la eleccion de las flores y de los árboles frutales que le componen. Está cerrado por una berja de hierro preciosa y elegante, pintada de negro y encarnado y calada de vistosas y bien combinadas labores.

Finalmente, dejando un paseo bastante desahogado con dos filas de árboles, forman el último término de la *glorieta* cuarenta y cuatro estátuas de nuestros monarcas, escogidas entre las muchas que habia amontonadas en las bóvedas del real palacio.

Las estátuas representan los siguientes:

Reyes godos; Ataulfo, Theodorico, Eurico, Leovigildo, Suintila y Wamba. Reyes de Asturias; D. Pelayo, D. Alonso I el Católico, D. Alonso II el Casto,

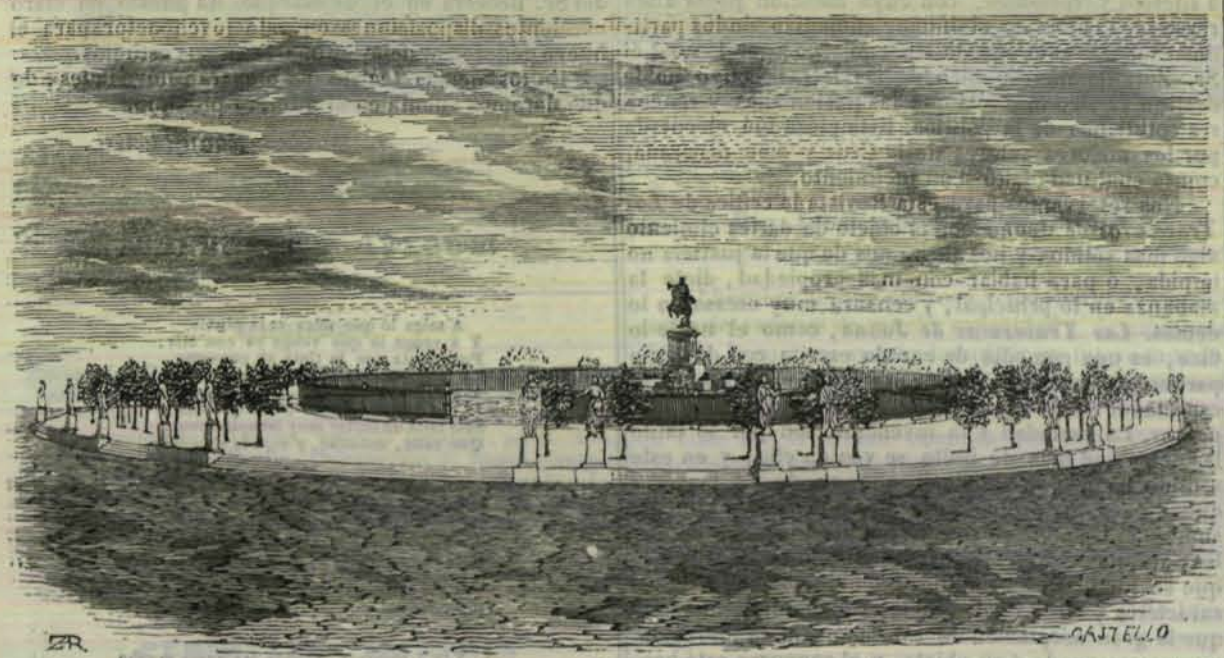
D. Ramiro I, D. Ordoño I y D. Alonso III el Magno. Reyes de Leon; D. Ordoño II, D. Ramiro II, D. Alonso V y D. Alonso IX, Fernán Gonzalez primer conde de Castilla. Reyes de Castilla; D. Alonso VIII y Doña Berenguela. Reyes de Castilla y de Leon; D. Fernando I, D. Alonso VI, Doña Urraca, D. Alonso VII emperador, D. Alonso X, D. Sancho IV, D. Alonso XI, don Juan I, Doña Isabel la Católica, D. Fernando V. y don Felipe II. Iñigo Arista fundador del reino pirenaico. Reyes de Aragon; Ramiro I, Ramiro II, Sancho Ramirez, D. Alonso V el Batallador, Doña Petronila, D. Jaime I y D. Sancho IV el Bravo: condes de Barcelona, Wilfredo el Velloso y D. Ramon Berenguer.

Destinadas en su origen estas magníficas estátuas para ser colocadas sobre los remates de las pilastras del palacio, es su tamaño demasiado excesivo para el sitio que ocupan en el dia, y han perdido enteramente el gran mérito que tenian para ser vistas á tan elevada altura. Las sucede lo propio que acaeceria si se bajasen el San Lorenzo y los cuatro reyes del Escorial, que á pesar de sus quince piés, hacen muy bien en la fachada de aquel grandioso patio, y puestas en el suelo se resistirian á la vista por sus colosales formas.

No puede dudarse que entre los muchos proyectos que se han formado para embellecer la Plaza de Oriente ha sido este el menos costoso y el mas lindo y elegante. El primero que se tuvo data de la época en el Sr. D. Carlos III, que quiso dar ensanche al palacio real prolongando su fábrica por la parte del medio dia para formar una hermosa plaza rodeada de pórticos y pabellones para la guardia de infantería. Tratábase entonces nada menos que de edificar dos plazas en la de Oriente, con inmensos edificios para consejos, ministerios, bibliotecas y otros establecimientos de este género, obra que habria durado largos años y hubiera invertido inmensos millones quedando luego sin concluirse como sucedió con la de la plaza de Armas.

Pensóse tambien en este mismo objeto durante el reinado de D. Fernando VII; pero con tan mal éxito que el proyecto que se concibió y que fué aprobado por S. M. hubo de abandonarse despues de haberse gastado en él grandes sumas, porque al fin se reconoció que era el mas descabellado y mezquino que podia haberse ideado.

La *glorieta* que felizmente ha llegado á terminarse, además de ser un monumento artístico de gran valor y mérito, y un delicioso paseo digno de la buena sociedad de Madrid; es un constante recuerdo de nuestras glorias nacionales que no pueden menos de venirse á la memoria al contemplar las estátuas de aquellos varones ilustres, que por su heroicidad, por sus inminentes virtudes y grandes cualidades, y por el magnánimo y bizarro pueblo que regian fueron la admiracion del mundo y el terror de sus adversarios y de sus enemigos.



Aqui concluiriamos este artículo sino nos creyésemos en el deber de elogiar cumplidamente á don Agustin Argüelles y á don Martin de los Heros, que siendo aquel tutor de S. M. y este intendente de la Real Casa tomaron con el mayor empeño á fines del año de 1841, la realizacion de esta obra, y lograron vencer con su constancia la multitud de dificultades que á ella se oponian, hasta dejarla casi acabada.

No es menos digna de alabanza la laboriosidad de los ingenieros de caminos y canales, don Juan de Rivera, don Juan Merlo y don Fernando Gutierrez, que con sus talentos, su buen gusto y su instruccion en estas materias, han contribuido eficazmeute á dar cima á la empresa, concluyendo un monumento digno de la capital de España.

De esperar es que logrado el objeto mas dificil, se complete la plaza de Oriente en los edificios que faltan en sus dos extremos, y quede mas vistoso y adornado el palacio de nuestros reyes.

JUAN ANTONIO DE RASCÓN.

LA SEÑORA GUY-STEPHAN.

Paris, la encantadora capital de la Europa civilizada, la corte moderna que puede considerarse como Reina de las letras y de las artes, es la patria de tan seductora bailarina. Allí recibió las primeras lecciones de su arte, y allí pudo mas adelante ponerlas en práctica para que infinidad de coronas y ramilletes la recompensasen contínuamemte de las dificultades con que habrá tenido que luchar la que se cuenta hoy en el número de las cinco bailarinas que la Europa admira.

Londres, Milan, Burdeos, y otras ciudades principales han demostrado con aplausos de verdadero entusiasmo, que la émula de la Taglioni y de la Cérito, es digna de verse colocada en pedestales.

Diez son los retratos en litografía que de tan linda artista van sacados en Francia, Inglaterra, Italia y España: pero á Madrid y al primero de nuestros escultores contemporáneos, el señor Piquer, estaba reservado el ofrecer la estátua en miniatura de la señora Guy-Stephan, como un homenaje mas, rendido al relevante mérito de esta.

Dificilmente podrá formarse una idea de lo bien concluido de la obra por la lámina que hoy damos: baste decir á nuestros lectores que solo por la estátua, de 18 pulgadas de alta, se puede ya formar una idea del bello original que tan completa ilusion causa en la *Gisela* y en la *Aurora*. (1.)

Revista de la Quincena.

Las fiestas por la mayor edad de la Segunda Isabel han inaugurado esta quincena, y ciertamente nunca ha ofrecido el cielo sin igual de Madrid un cristal mas terso, una luz mas resplandeciente y una serenidad mas completa. De recelar era que estando la estacion adelantada ya y con tantos dias bonancibles como habian corrido desde que S. M. prestó su juramento en el Senado, la atmósfera desluciese estos públicos festejos: pero el invierno, para mas solemnizarlos, ha hecho tregua con sus acostumbrados rigores. Viernes, sábado y domingo, primeros dias del mes, han estado las calles, plazas y paseos de la capital de tal modo cuajados de gente, que aun en parajes de ordinario excusados habia grandes dificultades para andar. Las tres cuadrillas de baile dispuestas por el Ayuntamiento, discurrian por los sitios mas públicos acompañados de música; y en la Plazuela de la Villa, en la de Palacio y en la Plaza de la Constitucion ejecutaron las danzas de sus respectivas provincias, Astúrias, Galicia y Andalucía. Iban ataviadas, como es de suponer, con los trajes de estos paises; circunstancia que daba al conjunto animacion y realce. Los edificios públicos estaban adornados con colgaduras y pabellones de seda con los colores nacionales, en medio de los cuales campeaba el retrato de la augusta jóven llamada por la Providencia á empuñar el cetro de esta nacion, que á despecho de la suerte siempre será grande, aunque no le quedase sino el recuerdo de las pasadas glorias. La Casa de Correos, la Imprenta Nacional, el Banco de San Fernando, la Direccion de Minas, el Depósito Hidrográfico, la Casa de Villa, el cuartel de Santo Tomás y todos los edificios de esta clase estaban decorados por el estilo.

En la Plazuela de Palacio hubo volatines públicos, ejecutados por la compañía del Circo Gimnástico, á los cuales sin cesar acudian oleadas de gente, que por las calles inmediatas desembocaban, deseosas, mas que de ver un espectáculo sobrado conocido, de contemplar á la nieta de San Fernando. S M. y A. ocupaban uno de los balcones del centro, y allí se dirigian especialmente todas las miradas y aclamaciones.

En el centro de la Plaza Mayor se habia levantado un templete adornado de estátuas alegóricas y con versos alusivos al asunto, destinado para fuente de leche y vino. Otro parecido, aunque no con el mismo objeto y de algo mejor traza, se erigió en la fuente de la calle de la Montera. Como quiera, en ninguno de ellos podria fundar la arquitectura grandes motivos de vanagloria.

Por la noche hubo artificios de fuego en el jardin nuevo de la plazuela de Oriente; pero la inmensa reunion que llenaba aquellos ámbitos espaciosos no encontró cosa que le pagase los apuros, empellones y pisotones que tenia que sufrir para presenciarlos. La pirotécnica no quedó mucho mas lucida que en la aventura de la córte de aquel reyezuelo salvaje africano, que con bastante chispa y originalidad está contada en los viages de Rolando.

En cambio hubo iluminaciones muy lindas y algunos trasparentes de buen gusto. Entre las primeras sobresalió la del cuartel de Santo Tomás, con notable ventaja en nuestro entender, y despues de ella la de la Casa de Villa. El centelleo de aquel sin fin de vasos de colores y la trémula luz que despedian, junto con el tráfago y bullicio de la gente que iba y venia, formaban un espectáculo vistoso y animado.

La fuente de la calle de la Montera, con su gallarda copa llena tambien de vasos de colores, por entre los cuales bajaban cristalinos hilos de agua, y

(1) Los ejemplares de la estàtua se venden á 30 rs. en la calle del Fomento, núm. 26, cuarto principal.

encerrada en medio aquel templete, cuyos arcos apuntados figuraban vidrieras de las catedrales góticas,

presentaba tambien un golpe de vista muy agradable. La situacion que ocupa en el fondo de tan hermosa calle, no contribuia poco á su pintoresco efecto. De los demas trasparentes, el que mas elogio nos mereció fué el del Depósito Hidrográfico, que representaba una marina y producia alegre visualidad.

En el último dia corrieron despues de las doce de la mañana los caños de leche y vino dispuestos en la

Plaza Mayor. Atenta la autoridad, como debia mostrarse, á que no se enturbiase la pública alegría con riñas ni desazones, estableció un órden riguroso en la distribucion de ambos licores: pero esto y los volatines, que al mismo tiempo se estaban verificando en el Prado, enfriaron la diversion y disminuyó la concurrencia. Cuanto la Plaza perdió ganó este, donde nunca hemos visto mayor gentío, ni reunion mas variada, pues desde lo mas humilde que encierra la capital hasta lo mas escogido y lujoso, todo se veia mezclado en aquel anchuroso paseo. Hubo tambien un árbol de cucaña y un globo, despues del cual, y ya puesto el sol, toda la poblacion se retiró á su casa con el mismo órden y sosiego que ha reinado durante todas estas funciones, á pesar del desagradable suceso político que está ocupando los ánimos de la nacion entera, y del cual no queremos hablar aquí.

En el teatro del Circo no hubo cosa que merezca mencion á propósito de estas funciones. En el del Príncipe se repitió la linda comedia del *Duque de Rivas*, *Solaces de un Prisionero*, acompañada de una loa *La Sombra de Isabel Primera*, que no escitó grandes simpatías en el concurso. En la Cruz se representó otra del señor *Zorrilla* con el título de la *Oliva y el Laurel*, y la comedia de los Sres. *Doncel* y *Valladares*, *las Travesuras de Juana*, cuyas representaciones, con buen acuerdo de la empresa, se habian suspendido hasta que S. M. concurriera á este coliseo. En la loa, el Sr. Zorrilla no ha hecho mas que dejarse llevar de la corriente de su genio poético, al cual, mas que ningun otro, se presta hasta ahora este género de composicion. Con esto pudiéramos excusarnos de alabarla, porque dicho se está que en el campo de la fantasía y donde el lenguaje poético hace alarde de sus galas, imágenes y gallardías, tiene este jóven poeta pocos rivales, y aun mejor diriamos que está sin ellos. Otro mérito adorna esta loa que no queremos echar en olvido, y es la elevacion con que está imaginada y llevada á cabo, dificultad no pequeña teniendo que aludir á sucesos y recientes, con cuya mencion podia alterarse tan fácilmente el humor enojadizo de los partidos. Nada de esto sucede sin embargo, por lo cual el Sr. Zorrilla merece bien de las letras, cuyo noble destino va algo mas allá que las pasioncillas y rencores cotidianos de la política. Esta pieza fué ejecutada por los mejores actores de la Cruz y bien decorada, con lo cual nada faltó á su lucimiento.

Nos reservamos para esta Revista la crítica de *Las Travesuras de Juana* con el objeto de darles cimiento algo mas sólido, y nos alegramos de que la justicia no impida, ó para hablar con mas propiedad, dicte la alabanza en lo principal, y censura muy escasa en lo demas. *Las Travesuras de Juana*, como el título lo dice, es una comedia de enredo escrita con designio particular, y en que todo va dirigido á entretener al espectador mas que á conmoverle y darle en qué pensar. La variedad y la invencion son por lo tanto las dotes que mas de bulto se ven en ella, y en este sentido bien podemos decir que una de las mayores dificultades que presenta el teatro está victoriosamente superada. Como nosotros aceptamos todas las escuelas, aunque manifestemos predileccion marcada á lo que se funda en el estudio detenido y severo de los caractéres y en la verdad de las situaciones, creemos que la gran aceptacion de esta comedia es merecida, pues corresponde á su objeto, y el concurso está hasta el último entretenido y suspenso.

Algo mas hay en ella sin embargo, pues aunque el carácter de la protagonista salga un poco de la regla, como salian, aunque en diverso sentido, las damas de Fray Gabriel Tellez, el del maton está bosquejado con gran habilidad y verdad, y no menos el de Acerico, si bien tiene algo de lo que en nuestras comedias antiguas se llamaba *figuron*. La parte séria de los caractéres está trazada con menos distincion y fortaleza, y las reminiscencias del ruiseñor y de la alondra, por mucho que sea el gusto con que se oigan, por traer á la memoria los desdichados amantes de Verona y su inmortal pintor, son al cabo piedras harto preciosas para engarzadas en un metal que no corresponde á su valor.

Lo que queda dicho de los personajes, pudiera aplicarse á la marcha de la accion y el enlace de los sucesos, pues los dos primeros actos en que campea casi solo la educanda con sus travesuras, son en sí bellísimos y nutridos de accidentes, y sin duda superiores á los dos últimos, en que sucesos y personas, bosquejados con menos amor, vienen á complicar mas que á ayudar la accion.

Asi y todo la comedia es un gran paso dado por estos dos jóvenes poetas en la difícil carrera de la escena, y superior ciertamente á todo lo que hasta aquí han ofrecido á la censura del público. Reina en el diálogo una frescura (si se nos permite la expresion) que despierta la simpatía y el interès hácia la heroina: los versos son fáciles, los chistes llenos de sal y á un tiempo de tino y de decoro, y toda ella manifiesta una vena expontánea y abundante que promete mas para lo sucesivo. Los autores fueron llamados á la escena y el público no estuvo escaso de aplausos.

La ejecucion fue excelente y mucho por parte de la Sra. Perez á cuyo beneficio se estrenó la funcion y que renovó con creces las agradables memorias del *Pilluelo de Paris*. Su viveza, su naturalidad y hasta su figura contribuyeron poderosamente al éxito de la funcion. El Sr. Lumbreras ejecutó asimismo bien su parte pues su estilo ordinario que otras tantas veces le perjudica, de esta le favorecia mucho por la consonancia que con su papel guardaba. El Sr. Caltañazor representó muy á lo vivo el cuitado y devoto apocamiento de un mandadero de monjas envejecido en el oficio. En lo restante la funcion adoleció de lo que adolecen gran parte de las funciones de este coliseo; de la desigualdad que forzosamente produce lo heterogéneo de su compañía.

Al cabo se ha puesto en escena en el teatro del Circo la ópera de *Donizzetti*, *Linda de Chamounix* de que se hablaba hacia ya tiempo. Han tomado parte en ella los principales cantantes, y aunque no ha excitado en el público el mismo entusiasmo que otras del mismo autor, en su desempeño se ha notado esmero y ha ofrecido un conjunto regular. Por lo demas el *spartito* muestra á un tiempo las bellezas y lunares que se alaban y tachan en este fácil, tal vez demasiado fácil compositor. *Linda* no es tan perfecta, sentida ni armoniosa como *Lucia de Lamermoore*, ni tan apasionada y enérjica como *Marino Faliero*; pero aunque desigual, tiene trozos de valentía y originalidad muy grandes. El duo de bajos del primer acto gustó mucho por la sencillez severa y religiosa que abunda en todo él y especialmente en la plegaria.

El Sr. Salvatori se distinguió como siempre, con particularidad en la escena penúltima del segundo acto. La Sra. Villó y el Sr. Reguer nos parecieron tambien acertados en sus papeles respectivos, y el ensayo del Sr. Becerra en el de marqués ha puesto en claro excelentes disposiciones en este jóven actor para el nuevo género, y debe animarle en sus estudios.

En los demas teatros se preparan novedades, de que daremos cuenta en el número próximo.

ENRIQUE GIL.

MÚSICA CELESTIAL.

A salga lo que salga va la pluma,
Y á venga lo que venga yo con ella,
Pues hasta que la tinta se consuma
La tengo de seguir huella tras huella.
Y aunque el papel un poco se rezuma
Le doy grasilla por no armar querella,
Solo falta un lector muy complaciente,
Que calle, escuche, y sepa lo siguiente:

—

Y como ese lector ya está callado
Supóngole benévolo leyendo,
En cuyo caso se halla resignado
A resistir lo que le iré diciendo:
Porque es curioso, y diera su pecado
A trueque de decir: «vamos corriendo
Ves con la pluma, que yo voy contigo,»
Pues óyeme, lector, que empiezo y digo:

—

Voy á empezar, porque me gusta mucho
Las palabras que doy cumplir lijero,
Y aunque en estas materias no estoy ducho
Ni sé si la darás de hombre severo
O harás de este papel un cucurucho
(Cosa que ni la dudo ni la espero,)
Pues si eres padre, y tu chicuelo grita
No es mal papel para una pajarita.

—

Empiezo al fin, pero me ocurre ahora
Una advertencia que será precisa,
Y te repito, que si el chico llora
Y á ti la baba te se cae de risa,
Tijerazo al papel, y sin demora
Barcos, gorras, bonetes improvisa
Que si con buenos versos yo no salgo,
Al menos el papel que sirva de algo.

FLORES.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.